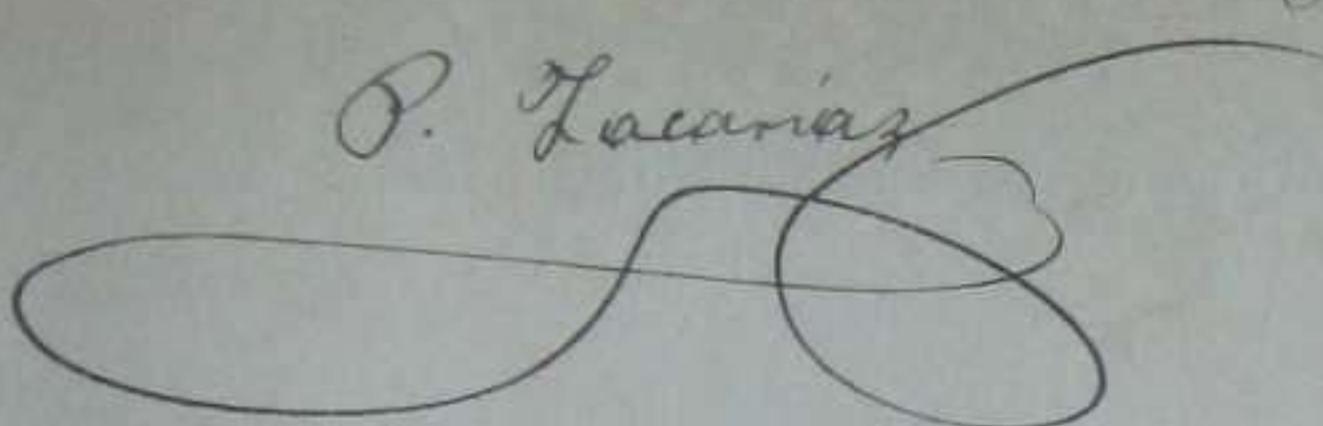




⁰
D. Dionisio Torroeta 1. ap. 1. 1. 1. g. a.

P. Lacarías



LA FE Y LAS CIENCIAS MÉDICAS

1-6939
R-35912

ATV
7.217

LA FE Y LAS CIENCIAS MÉDICAS

DISCURSO

que con motivo de la fiesta dedicada

POR LOS

MÉDICOS DE BILBAO

Á SUS PATRONOS

San Cosme y San Damián

el 27 de Septiembre de 1900

PRONUNCIÓ EN LA IGLESIA DE SAN ANTÓN

EL P. ZACARÍAS MARTÍNEZ-NÚÑEZ

Agustino, Profesor en El Escorial.

CON LICENCIA ECLESIASTICA

SEGUNDA EDICIÓN



MADRID

SÁENZ DE JUBERA, HERMANOS, EDITORES

10 — Campomanes — 10

1900

IMPRESA DE RICARDO ROJAS

Campomanes, 8.—Teléfono 316.

AL ILMO. SR. D. FERNANDO DE OLASCOAGA,

notable jurisconsulto y distinguido escritor bascongado, dedica este humilde recuerdo, en testimonio de sincera gratitud y amistad inquebrantable,

el autor,

P. Zacarias Martinez-Núñez.

(Agustino.)

EL P. ZACARÍAS MARTÍNEZ-NÚÑEZ

ENTRE la falange de los jóvenes agustinos que, al calor de las sabias y fecundas enseñanzas del R. P. Fray Tomás Cámara, hoy Obispo de Salamanca, surgieron como ornamento de la Orden, brilla con luz propia y no prestada el Reverendo Padre Fray Zacarias Martinez-Núñez, cuyas extraordinarias dotes de orador sagrado, que antes de ahora ha tenido ocasión de apreciar el público bilbaino, reciben nueva y solemne confirmación con el admirable discurso que va á continuación de las presentes líneas, y que constituye por sí solo el más entusiasta elogio que puede hacerse del elocuente y doctísimo agustino que lo ha compuesto.

Nació éste el año de 1864 en Baños de Valdearados, provincia de Burgos; y desde muy temprana edad, mostró decidida inclinación al estado religioso, é ingresó en la inclita Orden agustiniana.

Bien pronto conocieron sus superiores lo mucho que valía el P. Zacarías, y procuraron ponerle en condiciones de que desarrollara ampliamente sus poderosas facultades. Sin descuidar los estudios teológicos y filosóficos, antes bien, ahondando en ellos y dominándolos cual cumple á un religioso que ha de emplear sus fuerzas en defensa de la verdad católica, dedicóse de lleno á las ciencias naturales, é hizo en ellas rápidos progresos, de que dan testimonio, no sólo los trabajos que ha publicado posteriormente, sino también los que entonces fueron profesores suyos en la Universidad Central, en donde recibió la investidura de Doctor.

Los lectores de *La Ciudad de Dios*, revista modelo en su género; que sostienen los PP. Agustinos de El Escorial, conocen de sobra el nombre del P. Zacarías, que están acostum-

brados á ver al pie de artículos de extraordinario interés, en que, valiéndose de las enseñanzas de la ciencia experimental, y con las mismas armas que puede usar el naturalista, se defiende la verdad cristiana con el brío y la discreción propios de quien consagra su entendimiento á la difusión de la verdadera sabiduría, que es aquella que se cimenta en el temor de Dios.

Muchos de estos artículos forman parte de los *Estudios biológicos*, de que se ha publicado ya el primer tomo, y en cuya alabanza nada hemos de decir por propia cuenta; y como todo cuanto nosotros dijéramos no había de tener eficacia alguna, vale más recordar que este libro ha sido juzgado en términos encomiásticos por una autoridad tan excepcional y tan alta como la que alcanza en estas materias el doctor Ramón y Cajal, de universal renombre.

Une á sus méritos científicos el P. Zacarias un gusto literario depurado y exquisito que, por desgracia, no es común en los que se dedican á la clase de estudios á que se consagra el ilustre agustino. De aquí sus admirables facultades de orador sagrado, porque á la profundidad y extensión de los conocimientos científicos, se agrega la emoción comunicativa del artista, y el gusto fino, delicado y selecto del literato, realzado y magnificado todo ello por eso que no explican los tratadistas de estética, pero que en lenguaje cristiano se llama *unción*.

El P. Zacarias Martínez es demostración viviente de la armonía perfecta que existe entre la ciencia y la fe, entre la ciencia modesta y sabia que no traspasa violentamente los cánones legítimos de la experimentación y de la inducción, y la fe, que, según la frase del Apóstol, es racional obsequio que tributamos al Señor, de quien todo bien procede.

CARMELO DE ECHEGARAY,
Cronista de las Provincias Bascongadas.

LA FE Y LAS CIENCIAS MÉDICAS

Discurso pronunciado en la fiesta que los médicos de Bilbao dedican á sus patronos San Cosme y San Damián el día 27 de Septiembre de 1900.

TEMA: «*A Deo est omnis medela.*»
Toda medicina procede de Dios.
Elcc. XXXVIII, 2.

SEÑORES MÉDICOS: HERMANOS MÍOS EN J. C.

PARA muchos que suelen conocer la superficie y nunca el fondo de las cosas, ha de ser muy extraño el espectáculo que dáis vosotros en el día de hoy, al recordar con amor y con júbilo la bendita memoria de San Cosme y San Damián. Gran parte de la humanidad, y desde tiempos muy lejanos, á la vez que estimó como necesaria vuestra vida en la vida de las sociedades, habló y habla de vosotros en muy desfavorable sentido; es verdad que en ciertas ocasiones no faltó fundamento á sus críticas; pero en otras os ha calumniado por todos los medios posibles, negando vuestro saber, burlándose de vuestras curaciones y, sobre todo, murmurando de vuestras ideas religiosas hasta el punto de inventar aquel adagio que aún repiten algunos: *ubi tres medici duo athei*, donde quiera que haya tres médicos, dos son ateos, indiferentes ó materialistas, que no creen en la inmortalidad del espíritu ni en la existencia de Dios.

No hay que esforzarse mucho para formular la prueba en contra de esta calumniosa afirmación: basta veros congregados aquí, en el templo católico, en donde fulgura la lámpara

del santuario, que es también la «del Señor de las ciencias» ⁽¹⁾, de Aquel «que las conoce todas» ⁽²⁾ y de «quien procede toda sabiduría» ⁽³⁾, para comprender plenamente cómo se unen en castísimos abrazos la Religión y la Medicina, el *Doctor* y el Sacerdote (los dos hombres más necesarios en esta tierra poblada de enfermos), y cómo, á semejanza de San Cosme y San Damián, vienen á doblar la rodilla, ante la figura de Jesús, «Verbo de Dios, resplandor de la gloria del Padre» ⁽⁴⁾ y «luz del mundo» ⁽⁵⁾ que recibió las coronas más hermosas del heroísmo y la santidad, del genio y del poder, de la ciencia y del arte de todos los siglos. Y no puede ser de otro modo; porque Dios, «origen de toda curación» ⁽⁶⁾ del cuerpo y del alma, «de todas las medicinas de la tierra que la prudencia y la discreción del sabio utilizan convenientemente» ⁽⁷⁾; Dios, que en las Santas Escrituras nos manda «dar hospitalidad al médico» ⁽⁸⁾ y «honrarle como se merece porque le ha creado su poder altísimo» ⁽⁹⁾; Dios, que nos exige «escuchar las palabras de la ciencia» ⁽¹⁰⁾ «porque son vasos preciosos» ⁽¹¹⁾, es también el «autor de la fe» ⁽¹²⁾ «con la cual nos desposó» ⁽¹³⁾; el mismo que puso en nuestro entendimiento una centella de su rostro para conocerle ⁽¹⁴⁾ y en nuestro corazón capacidad inmensa para adorarle; el mismo que con imperio absoluto nos pide que «tengamos su fe divina» ⁽¹⁵⁾ porque «la fe devuelve la salud íntegra y total á los enfermos» ⁽¹⁶⁾ de todas clases y porque «sin ella es imposible agradarle nunca» ⁽¹⁷⁾. Sólo cabe en almas ruines y en entendimientos cegados por el odio, el sistema ó la ignorancia, el ver contradicción perpetua entre la ciencia y la fe, que son dos facetas de igual diamante, dos colores de prisma igual, dos vibraciones de igual amor, dos rayos de un mismo foco, dos aspectos de idéntica hermosura, de aquella «hermosura siempre antigua y siempre nueva» que para calmar el hambre infinita del entendimiento y la voluntad, invocaba en éxtasis dulcísimos el alma de San Agustín ⁽¹⁸⁾ y con él toda la multitud de sabios y de santos ⁽¹⁹⁾ que en el estudio de las maravillas del universo «que cantan la gloria de Dios» ⁽²⁰⁾, vieron la mano de Aquél que lo creó todo «en peso, medida y número» ⁽²¹⁾ y desataron su lengua y movieron su pluma para entonarle un himno de alabanzas, y que ante los secretos formidables que el universo encierra humillaron su frente en el polvo pidiendo el auxilio y la ayuda del

que todo lo puede y «todo lo rige con fortaleza y suavidad de extremo á extremo» (21). Porque, señores, no lo dudéis: si ante esos misterios del universo todas las ciencias humanas, limitadas y pobres, deben creer y orar, la medicina está más necesitada que ninguna de los resplandores de la fe y del poder de la oración; no sólo porque es la ciencia más falible en la práctica, pues los temperamentos orgánicos con sus variantes infinitas son puntos de apoyo muy resbaladizos; no solamente porque contempla más de cerca las maravillas, el poderío y la grandeza de Dios y la pequeñez del hombre; no sólo porque es una de las ciencias más difíciles entre todas, pues hay pocos problemas como los problemas médicos, que tengan tantas incógnitas que despejar, sino también porque es la ciencia más sagrada entre las que estudian la naturaleza sensible; porque inquiere los misterios del organismo humano, superior á todos los organismos, de la vida humana, que es, aquí abajo, superior á todas las vidas; los misterios de la vida y de la muerte, cuya interpretación es de consecuencias trascendentes.

Señores: indiqué antes que alguna vez no faltó fundamento á las críticas que la muchedumbre hizo de los que ejercen vuestra profesión. Una mano impía quiso enemistar estas dos hermanas gemelas, la ciencia y la fe, castamente unidas en el alma de tantos sabios como en la de San Cosme y San Damián. Leyendo las obras de los médicos más ilustres de la antigüedad, se ve que al principio y al fin de sus libros, cuando no lo hacen en cada página, invocan fervorosamente en el estudio del orden físico, del intelectual y moral, al Supremo Artífice, que llaman con propiedad *Moderator*, Dios ordenador y pródigo: hoy, forzoso es confesarlo, en multitud de obras modernas (22) se suprime ese Nombre Augusto, ó se le injuria con palabras irreverentes, ó se forma contra Él la sorda conspiración del silencio culpable, de reticencias envenenadas y de cobardes atenuaciones; en esa obra de la iniquidad y la impostura, realizada por hombres beneméritos de la ciencia experimental y por otros que careciendo de tan glorioso título se limitan á repetir con declaraciones huera las consecuencias ilógicas y los violentos comentarios que aquéllos proclaman como legítimas conquistas de la observación y del progreso actuales, se quiere separar de la creación al Autor de

tantas maravillas y grandezas. Y... ¿por qué?... ¿Cuándo se vió que el Nombre divino, alabado por los genios más grandes de la humanidad, manche las páginas de la ciencia? Los descubrimientos modernos ¿han alterado quizá el orden de la creación, ó por el contrario, no delatan más clara y elocuentemente la Sabiduría infinita, acreedora á la adoración y al culto?

¡Ah! Señores, veamos las causas de este raro fenómeno, de esos supuestos conflictos de la Ciencia y la Religión. Es verdad que cierta filosofía insensata ha despeñado á la razón humana de las alturas metafísicas, quemándoles las alas para que no vuelva á subir á ellas, haciéndola vivir en una atmósfera positivista, artificial y viciosa de que no se ven libres los estudios que cultiváis vosotros: *qualis philosophia talis Medicina*; es verdad frecuentemente que los investigadores de la naturaleza, abrumados por la inmensa copia de detalles, multiplicados con asombrosa rapidez en la ciencia experimental, suelen carecer de valor para inquirir el *por qué* último de los fenómenos biológicos y el lazo de oro que une las causas y los efectos, elevándose á la primera de todas las causas; es verdad que el espíritu de la moda, que es un espíritu femenino que rige y gobierna la vida de muchos que se llaman «libres é independientes», y el espíritu del orgullo científico, que suele engreir ⁽²⁴⁾ á las almas de cortos alcances, y el negro espíritu del odio sectario, propio de almas ruines, han dado á todas las gentes ⁽²⁵⁾ títulos *académicos* para hablar mal de la Religión, sin haberla estudiado siquiera en el Catecismo; como si para hablar de Religión no se necesitaran estudios más profundos que para hablar de cualquiera ciencia y arte; pero la causa real de los supuestos conflictos de la Religión y la Ciencia, el *por qué* hay tantos hombres que carecen del conocimiento de Dios y no saben elevarse de las cosas visibles á las invisibles y de las criaturas al Artífice de las mismas ⁽²⁶⁾, ¿sabéis cuál es?... ¡Ah!... señores: lo que teméis vosotros en cualquiera enfermedad son sus complicaciones con otras enfermedades, cuyo fin suele ser la parálisis del corazón. Pues bien; en el orden moral sucede lo propio: lo que nosotros tememos en los enemigos de la fe, no son las dificultades que pueda proponer el entendimiento, sino la intervención complicada de otra enfermedad más terrible: de la concupiscencia de la carne y de

la sangre, que trae en pos de sí la parálisis moral del espíritu; las tempestades que se forjan en las aluras proceden de abajo, del agua evaporada en la superficie de los mares y de los ríos; como los errores y la ceguedad del entendimiento tienen su origen en el corazón lisiado por la culpa, en los vapores de la concupiscencia, que forman tempestades horrendas que agostan en los campos vírgenes del alma esas flores preciosas que pedían, á los que tienen «en cautividad la experiencia», Bacón de Verulamio ⁽²⁷⁾ y uno de los primeros matemáticos de este siglo ⁽²⁸⁾; la buena fe, la humildad, la sinceridad y el candor. Tal es, señores, la causa real de los supuestos conflictos de la Ciencia y la Fe, según la frase de San Pablo: «amad el progreso en la ciencia y en la castidad» *in castitate et in scientia* ⁽²⁹⁾, porque *corrupti mente, reprobi circa fidem* ⁽³⁰⁾.

Aquellos investigadores que dejaron matar en su espíritu, por los halagos de la concupiscencia, la buena fe, la humildad, la sinceridad y el candor que deben guiar á toda alma honrada en el estudio de los problemas del universo, pronto fueron invadidos por las tinieblas de la ignorancia y el orgullo: «esperaron la luz y llegaron las sombras» ⁽³¹⁾, porque dijo Dios: «¡ay de vosotros los que sois sabios y entendidos en vuestros mismos ojos!» ⁽³²⁾; «reprobaré vuestra cordura y perderé vuestra sabiduría» ⁽³³⁾ «rebajándola hasta la insensatez» ⁽³⁴⁾, porque «vuestros labios y vuestra lengua dijeron las palabras de la mentira y de la iniquidad» ⁽³⁵⁾. Ciertamente, señores; si examináis con cuidado las obras de los enemigos modernos de la Religión, de aquellos que divorciaron la Ciencia y la Fe, unidas en el alma de vuestros Patronos San Cosme y San Damián, encontraréis realizado el castigo divino; veréis cómo Dios los entregó á inconsecuencias manifiestas, dejándoles abandonar «lo que es divinamente misterioso para abrazarse con lo que es misteriosamente absurdo» ⁽³⁶⁾. Me refiero, no á los críticos abyectos que carecen de vista dilatada y serena para elevarse á las alturas de la grandeza moral de las almas; ni á los tímidos que no tienen el valor de sus convicciones; ni á los poderosos epicúreos incapaces de sentir los dolores hondos que despiertan los grandes ideales; ni á esas gentes degeneradas, sin conciencia y sin dignidad, que olvidaron las gloriosas tradiciones de sus abuelos para seguir la corriente de

falsas y nuevas doctrinas; me refiero, para haceros ver el castigo de Dios, á esos pseudo-sabios que viven en contradicción perpetua con las verdades más elementales, que no creen en la Providencia amorosa que rige y gobierna al mundo (delatada por las maravillas que continuamente se descubren) y creen en el destino brutal que le arrastra no se sabe á dónde: me refiero á esos sabios que niegan la inmortalidad del espíritu que siente y ora, ama y espera, y creen, sin embargo, en la ridícula inmortalidad del *protoplasma* y entonan ditirambos á la eternidad de la materia y á la conservación de la energía; á esos ingenieros que tuercen el curso de los ríos y separan las aguas de los mares por medio de un canal, y niegan á Dios el poder separar las olas de las olas en el Mar Rojo ó contener los impetus del océano con leves cintas de arena ó con las sencillas palabras del Evangelio: *tace, obmutesce...* ⁽³⁷⁾; me refiero á esos químicos que por síntesis recomponen un ácido ó una *base* ó las sustancias llamadas *orgánicas*, y niegan á Dios el poder reconstituir los átomos dispersos, como los huesos del campo fueron reunidos por el soplo de Ezequiel ⁽³⁸⁾; á esos médicos ilustres que reparan las fuerzas enervadas por la miseria y el dolor, y á Dios, autor de todo lo que vive, siente y palpita, le niegan el poder decir al paralítico ó á Lázaro: «¡levántate!»; á esos fisiólogos oculistas que hacen que la velada pupila absorba otra vez los rayos solares, y á Dios, que encendió los luminares del firmamento y las miradas primeras en los sagrados bosques del Paraíso, le niegan el poder decir al ciego de Jérico: «*respice!* mira y vé» ⁽³⁹⁾; á esos investigadores que confunden la moral de las almas con la atmósfera de los laboratorios, el sentimiento con la sensación, el entendimiento con la fantasía, el alma con la materia, las energías del espíritu con las energías mecánicas, el derecho con la fuerza, la justicia con la impostura, el amor de la madre con los instintos de la bestia, la caridad de Jesús con el altruismo y los ineficaces sistemas penitenciarios, los dolores y las penas, la abnegación y el sacrificio de los héroes y los mártires con el poder del músculo y del nervio, la virtud con el azúcar y el vitriolo y la santidad con la neurosis; me refiero á esos que no creen en la existencia de un Dios personal, creador de cuanto existe, y creen en la omnipotencia del éter cósmico y de la química futura, ó en el *acaso*, que es el

«Dios de los tontos» al decir de un Rey ⁽¹⁰⁾; me refiero, por último, á los que no creen en la resurrección de la carne y creen en la generación espontánea, que no creen en el Edén de la Gloria y creen en el jardín de Epicuro; me refiero á esos falsos sabios que se burlan de los misterios de la muerte, cuando no saben nada, absolutamente nada, de los misterios de la vida ⁽¹¹⁾.

Ved, pues, señores, cómo aquellos sabios que en sus investigaciones carecieron de la humildad suficiente, de la buena fe y del candor, «fueron sorprendidos en su misma astucia» ⁽¹²⁾, porque Dios los abandonó á sus propias fuerzas «arrebatándoles la luz que no quisieron reconocer» ⁽¹³⁾; los filisteos no pueden llevar el Arca Santa, y los desertores, como Judas, salen del colegio apostólico de la verdad para colgarse del primer árbol que encuentran en el camino, que suele ser el de la contradicción y de la muerte. Y si eso tiene lugar en hombres de hermosas dotes naturales, ¿qué sucederá en los fatuos, cuya boca, al decir de los Proverbios ⁽¹⁴⁾, abunda en palabras necias? ¿Cómo remediar su locura...? Para convencer los entendimientos extraordinarios, Dios suele usar extraordinarios medios; como dice un escritor, Dios llama á los Reyes Magos por una estrella, por un rayo á San Pablo, por un eclipse á San Dionisio y por un libro á San Agustín, y son vencidos los gigantes ⁽¹⁵⁾. Mas toda la elocuencia sublime de San Pablo lucha inútilmente contra un obrero de Éfeso, y ni la estrella, ni el rayo, ni el libro, ni el eclipse bastan á derribar á los pigmeos de la ciencia, que hoy abundan tanto. ¿Sabéis por qué...? Porque la tenacidad y el fanatismo son patrimonio de los entendimientos pobres ó de cortos alcances; porque la verdad, como la luz, necesita para morada, no los ojos débiles de los míopes, sino los ojos penetrantes, normales y sanos que la concentran y reciben con plenitud y avidez.

Aprendamos á recibirla nosotros como estos dos sacerdotes, San Cosme y San Damián, «cuyos labios guardaron la sabiduría» ⁽¹⁶⁾. Veamos cómo el estudio de las maravillas del universo, y principalmente del cuerpo humano, de la inteligencia y de la voluntad humanas, lleva al conocimiento y á la adoración de Dios; y el estudio moral del hombre lleva al amor de Jesucristo, «Verbo de Dios y resplandor de la gloria del Padre» ⁽¹⁷⁾ de quien proceden, en quien viven y á donde se en-

caminan todas las cosas: así resulta sin esfuerzos de raciocinio la unión de la Ciencia y la Fe, la Religión y la Medicina, del Médico y el Sacerdote que, á semejanza de San Cosme y San Damián, curan las heridas del cuerpo y el alma con la gracia de Dios, origen de toda curación: *á Deo est omnis medela*.

Como véis, señores, el tema es vastísimo y no cabe en los límites de un discurso. Yo necesito de la indulgencia del auditorio y, como nunca, de los auxilios celestiales. Pedidlos conmigo por mediación de la que es trono de la sabiduría, *sedes sapientiæ*, diciendo con el Angel: Ave...

I

SEÑORES:

LA primera enseñanza que se desprende de la vida de San Cosme y San Damián es que, siendo muy hábiles para el cultivo de las ciencias, penetraron en los secretos del universo, elevándose de las cosas visibles á las invisibles y de la belleza de las criaturas al Creador de las mismas ⁽¹⁸⁾ y de «las obras naturales á la idea de su Artífice soberano ⁽¹⁹⁾, demostrando en sí claramente el acuerdo perfecto y armónico del conocimiento de Dios y del mundo, de la Religión y la Ciencia, que se completan y coronan, porque siempre será verdad notoria lo que dijo el que se considera como iniciador del método experimental ⁽²⁰⁾: «la profunda filosofía de las cosas lleva á la Religión, así como el estudio superficial de las mismas aparta de ella».

En efecto, señores; si ante esta sociedad ilustrada de médicos no fuese inútil (y además imposible para mí) el hacer un profundo análisis psicológico del compuesto humano, yo os diría que la inteligencia y la voluntad son dos potencias amigas inseparables: aquélla busca y ésta halla; la una mira, conoce y ve; la otra cree, espera y ama; y las dos están enfermas, pues tienen hambre y aspiraciones infinitas que no puede calmar el universo todo; porque, señores. hablando ahora sólo de la inteligencia, os diré que se mueve por impulso ingénito hacia la verdad, que es el carácter de los seres racionales, y que, según la doctrina cristiana, el objeto adecuado (como dice un escritor ⁽²¹⁾ y con él toda la filosofía escolástica), el término de ese movimiento es la verdad misma, esto es, no un conjunto de verdades parciales científicas ó históricas, filosóficas ó literarias, abstractas ó concretas, que no pueden llenar el amplio círculo del entendimiento, sino la

verdad íntegra, total, substancial y eterna, vista sin medios ni distancias, cara á cara, sin esfuerzos, ratiocinios, demostraciones ni discursos; un piélago de luz sin sombras ni eclipses, que no se halla ni puede hallarse en la pobre ciencia del hombre, limitada y deficiente, que suspira también (diría el Apóstol), con gemidos inenarrables por la fuente de la verdad universal. ¡*Excelsior!*, dice el astrónomo al dirigir su anteojo á los espacios en busca de nuevos cielos, nuevas tierras é islas inexploradas en las regiones de lo que es indefinidamente grande: ¡*excelsior!* dice el biólogo al iluminar con la potente luz de su objetivo las regiones de lo que es indefinidamente pequeño agrandando lo microscópico y revelando lo invisible y próximo á la nada: ¡*excelsior!* repiten el filósofo y el estadista, el sociólogo y el médico ante los problemas de las cosas, de los individuos y las sociedades; y cuando la ciencia futura haya roto (que no los romperá en los siglos de los siglos) los velos con que se ocultan las maravillas de toda la creación, el nuevo Newton de las edades venideras podrá repetir: «lo que sé es una gota de agua, lo que ignoro es el vasto é insondable abismo»; porque más allá de la extensión de los espacios, más allá de los límites de las criaturas se halla el descanso, la quietud y el reposo del entendimiento del hombre, el indeficiente piélago de la verdad total é infinita «en su trono de luz inaccesible» ⁽⁵²⁾, «que vence con un solo rayo de sus fulgores todas las ciencias: *ecce Deus magnus vincens scientiam nostram*» ⁽⁵³⁾.

A las gradas de ese trono de luz y de gloria donde reside la verdad íntegra y total, el objeto adecuado de la inteligencia humana, y para calmar, de alguna manera, el hambre infinita que hay en nosotros, nos llevan todos «los seres con su grandeza y hermosura» ⁽⁵⁴⁾ que, al decir de San Agustín ⁽⁵⁵⁾, «nos hablan é instruyen con diversos cambios y afecciones, y como con cierta variedad de lenguas, clamando é increpándonos», para que se dirijan allí las vibraciones de nuestro pensamiento. Los cieios, exclama David, cantan la gloria de Dios y el universo la pregonan y la bendice» ⁽⁵⁶⁾; le alaban los Ángeles, que humillan su frente y arrojan sus coronas ante el Dios de los ejércitos; le alaban los astros de la mañana y de la tarde al escribir el nombre divino con signos de luz en la extensión de los espacios, porque son un rayo de sus pupilas

y polvo de sus huellas soberanas; y con los progresos de la Astronomía moderna, las leyes reveladas por Newton y Kepler, las hipótesis de Laplace y Faye para explicar el origen de los mundos, la ciencia de hoy como la ciencia de todos los siglos tiene que arrodillarse ante el poder de «aquella mano que lanzó los planetas sobre la tangente de sus órbitas»⁽⁵⁷⁾, que habían de recorrer sin interrupción ni estrépito. Y si descendéis á estudiar esos elementos invisibles que se llaman átomos y moléculas, no podréis menos de ver la *idea directriz*, esa fuerza oculta, esa tendencia misteriosa, esa especie de amor materializado que las orienta y agrupa en líneas ordenadas para constituir arquitecturas maravillosas, el equilibrio químico, los edificios cristalinos, soberana y artísticamente fabricados: y si examináis el vasto mar y la tierra fecunda con la multitud de vivientes que los pueblan, con la variedad inexhausta de sus bellezas inefables; si meditáis profundamente en el gran espectáculo que nos ofrece el universo, con sus movimientos complicados y la incesante agitación de sus fuerzas en el tiempo y en el espacio, con la serie de causas y efectos, eficientes y finales, con la sencillez de sus leyes físicas, químicas y biológicas, con sus armonías concertadas é influencias recíprocas, veréis en todo el sello del divino Artífice y comprenderéis las palabras de un gran historiador: «la inteligencia descubre en todas partes á la Inteligencia en el mundo»⁽⁵⁸⁾, al Sol indeficiente, centro de todos los sistemas planetarios y estelares, de lo grande y lo microscópico, de lo visible y lo invisible, de lo orgánico é inorgánico; á la increada Sabiduría y Providencia amorosa que lo dirige y lo gobierna todo con fortaleza y suavidad de extremo á extremo.

Señores: ya que los límites de este discurso y mi propia incapacidad no me permiten describir todas esas maravillas, me contentaré (prescindiendo del tecnicismo científico, ajeno á esta cátedra sagrada), con citar algunas⁽⁵⁹⁾ de las que conocéis vosotros, aunque sé muy bien que, según decía un médico célebre⁽⁶⁰⁾, «estando como estáis llamados por vuestra profesión á escudriñar los secretos más recónditos del mundo, debéis hallaros más convencidos que nadie (á semejanza de San Cosme y San Damián) de la Sabiduría y Bondad del Criador», en aquéllos manifestas. Hoy se habla mucho y á todas horas de «conveniencias complejas» en los organismos,

inexplicables sin causa final, sin una *intención* que haya ordenado la unión de muchos elementos diversos y aun contrarios, asignándole el modo de tender al fin. Pues bien, si recorréis con la mirada los indefinidos grupos de vegetales y animales que pueblan la tierra, aún los más microscópicos y humildes, la delicadeza y la sencillez, la elegancia y la armonía en su plan y actividades, en sus maneras de conservarse y reproducirse, veréis que cada estructura es un prodigio y una maravilla cada función; que, como aseguraba un insigne anatómico de este siglo ⁽⁵¹⁾, «todo está allí cuidadosamente calculado, todo coordinado y previsto, según principios que la ciencia llega á veces descubrir; que el orden reina aun en aquellas cosas en que á primera vista no se ven sino variaciones ó cambios sin fin ni objeto», porque todo procede de Dios, que es el orden y la razón de él. Sin esa previsión ordenadora es imposible comprender tanta multitud de conveniencias complejas, tan gran número de combinaciones inefables con elementos tan diversos para dar origen á cualquiera de las formas-limites de la materia viva ⁽⁵²⁾; y al considerar todos los fenómenos que en ellas se cumplen ⁽⁵³⁾ es necesario repetir las palabras del Espíritu Santo: «*quod continet omnia scientiam habet vocis* ⁽⁵⁴⁾», todo su contenido nos habla con la voz de la ciencia, de la ciencia infinita, de la Sabiduría increada á que se elevaron en el estudio de los organismos los hombres más grandes ⁽⁵⁵⁾ y las almas más hermosas de la humanidad dirigiendo á Dios un himno de alabanzas, como Kepler ante la majestad y la grandeza de los cielos.

Detengamos la consideración en el organismo humano, á cuyo estudio consagrastéis los desvelos de vuestra vida; en «esa obra modelo de la creación, cuya estructura tan delicada y resistente á la vez, nos muestra tanta armonía en el conjunto y tanta perfección en los detalles, que (como dice un gran observador que forma época en la historia de la ciencia de este siglo) ⁽⁵⁶⁾, al contemplar esta organización maravillosa en que todo ha sido previsto y ordenado con una inteligencia y sabiduría infinitas, de tal modo que no puede haber un poco más ó menos de fuerza en una fibra sin que se pierda al instante el equilibrio y empiece el desorden, no hay anatómico que no deba repetir aquel célebre cántico de Galeno: «un libro de anatomía es el más bello poema que fué dado al hombre

cantar en honra del Creador.» «*Sacrum sermonem quem ego Conditoris nostri verum hymnum compono; existimoque in hoc veram esse pietatem; non si taurorum hecatombas Ei plurimas sacrificaverim et casias aliaque sexcenta odora menta ac unguenta suffumigaverim; sed si noverim ipse primus, deinde et aliis exposuerim quænam sit ipsius sapientia, quæ virtus quæ bonitas!*» ⁽⁶⁷⁾.

¡Ah! señores: yo quisiera ver reunidos aquí á todos los desventurados que niegan la acción de Dios en el organismo del hombre, para decirles con ese mismo célebre médico antiguo ⁽⁶⁸⁾: «no me detendré en refutar tales extravagancias, pues sería deshonar la santa causa que impugnáis vosotros»; ¿Cómo...? «Si en una estatua se admiran la belleza y el arte y las justas proporciones externas que supo dar el escultor, ¿cuánto más deben admirarse el arte prodigioso, la exactitud y la proporción, no sólo de la forma externa sino de la interior y profunda que dió al organismo del hombre el Soberano Artífice...?; si todo esto es obra del *acaso*, ¿dónde y cómo podríamos buscar una obra hecha con arte y según un plan preconcebido?» ⁽⁶⁹⁾. Pero el *acaso* no tiene realidad alguna: no es un factor, ni causa eficiente ni final; es una simple coincidencia de hechos relativa y abstracta, prueba de nuestros cortos alcances, y que sólo existe en nuestra mente, sin que el mundo exterior la sancione y justifique como algo experimental y positivo; condenada matemáticamente por el cálculo de las probabilidades en el orden complicado y en el sencillo, sólo es una palabra que sirve para ocultar nuestra ignorancia ruin de los problemas del universo, que ni el *acaso* ni otras fórmulas sonoras que usáis vosotros ⁽⁷⁰⁾ podrán nunca resolver.

Si es cierto que no se ve la necesidad de que trillones de substancias químicas se asocien para la unidad del conjunto, ni que el concurso ciego de elementos diferentes y aun contrarios lleve consigo siempre las circunstancias más favorables y ventajosas en la lucha por la vida, porque la selección útil, tal como su autor ⁽⁷¹⁾ la formuló, sólo figura ya en el catálogo de los errores históricos; si es verdad que toda organización, aun la más rudimentaria, supone un plan, un orden y un fin, y que una multitud de conveniencias complejas que concurren armónicamente á la realización de ese fin, de ese plan y de ese orden para constituir, conforme á sapientísimas leyes re-

guladoras, la admirable arquitectura de cada forma orgánica, delata la existencia de una *inteligente voluntad*, porque el orden y las leyes no tienen otro origen; si es cierto lo que dijo Newton, que el órgano de la vista «no pudo formarse sin pleno conocimiento de la óptica» ⁽¹²⁾, yo declaro, señores médicos, con todos los hombres más célebres é imparciales y á semejanza de San Cosme y San Damián, que el cuerpo humano es obra de un *principio inteligente*, manifiesto á la luz del sol, en el cúmulo de conveniencias complejas, tales como nos las dan á conocer los modernos descubrimientos biológicos ⁽¹³⁾. Ved, señores, los procesos maravillosos que anteceden á la formación del germen embrional ⁽¹⁴⁾; considerad sus múltiples é inefables divisiones ⁽¹⁵⁾ realizadas en ese gran laboratorio, donde no hay pieza que quede inmóvil, ni fuerza que esté inactiva y en donde se cumple la verdadera división del trabajo mediante una república de obreros de todas clases y categorías, pues unos engendran y otros mueven; aquéllos ⁽¹⁶⁾ son como la cantera de donde sale el material para las columnas de la fábrica; estos ⁽¹⁷⁾ absorben, modelan y pulen como hábiles arquitectos, sin equivocaciones de ningún género; y ved cómo, á pesar de las recíprocas influencias de tantas energías diferentes, todas se favorecen y ayudan y conspiran por común impulso y con exquisita precisión é inalterable seguridad á un fin armónico y encantador, haciendo surgir los dibujos y la escultura, los relieves y las perfiles, los tejidos ⁽¹⁸⁾, órganos y aparatos, la urdimbre y trama orgánicas por donde palpita la vida que va elaborando su sagrado poema en el silencio y en la oscuridad del claustro materno. ¿De dónde tanto prodigio y maravilla...? ¿Cómo comprender, sino es por aberración del espíritu, negando la acción de un *principio inteligente*, maestro soberano de la vida, impulsor de la materia y regulador de la fuerza, cómo comprender esas agrupaciones ordenadas de tantos millones de elementos conforme á las leyes simplicísimas, para constituir el estupendo conjunto que se llama «organismo del hombre», del cual (vosotros lo sabéis) el más humilde aparato supera infinitamente á todas las obras artificiales de la inteligencia humana? Y si, como decía un escritor ⁽¹⁹⁾, «un suspiro hacia lo futuro es la demostración más que geométrica de la Divinidad», esa demostración es evidéntísima en el origen del cuerpo del hombre: porque no hay allí

fase, etapa ó movimiento que no tienda á un fin ulterior, no ya inmediato, sino remoto; porque hay relación íntima entre los procesos embrionarios y las futuras operaciones del individuo; porque los brazos y las manos se forman antes de que puedan moverse y tocar; los pies antes de que puedan sostener el peso del cuerpo; los pulmones, antes de que puedan respirar; los oídos antes de que vibren en ellos las ondas sonoras, y el corazón antes de que pueda latir. ¡Ah! decidme, sabios experimentales: ¿de qué manera cabe explicar, sin la intervención de un principio inteligente, esos maravillosos fenómenos, esas íntimas relaciones de lo presente, que es un soplo, y lo futuro, que no ha llegado, esas influencias soberanas que obran á través de las lejanías de lo porvenir, ese mágico poder que sin ideas de tiempo y espacio y á pesar de todas las dificultades, transmite y perpetúa la vida en innumerables tipos y con semejantes caracteres, dando con precisión absoluta á cada substancia y elemento su lugar oportuno y su característica fisonomía?

Examinemos brevemente el edificio construido y la multitud de conveniencias complejas en él realizadas: ved el plan admirable á que obedece; la delicadeza, la fortaleza y la solidez, la elasticidad y suavidad, la adherencia y la extensión de cada una de sus partes, el juego de los resortes, la diligente anatomía, la configuración, la comodidad y la posición de sus elementos en número de ochenta trillones ⁽⁸⁷⁾: ¿lo veis?; en el ejercicio de aquella función ⁽⁸⁸⁾ trabajan veinte mil obreros; en el de aquella otra ⁽⁸⁹⁾ treinta y ocho mil; considerad las leyes admirables de «ahorro de materia, de tiempo y de espacio» ⁽⁹⁰⁾ que presidieron á la formación de esos elementos, y las previsiones prudentísimas de toda la economía animal para luchar con los enemigos de dentro y de fuera; mirad en la superficie de la estatua viva substancias endurecidas ó muertas ⁽⁹¹⁾ que constituyen verdaderas cotas de malla que la cubren y la hacen impermeable y resistente, y cuyo número está en razón directa de los roces que tengan que sufrir: y aquéllas ⁽⁹²⁾ que forman la base y las columnas del edificio y son palancas trasmisoras del movimiento y sirven á las partes blandas y delicadas de sostén y apoyo ó constituyen cavidades para alojarlas con cuidados exquisitos; y aquellas otras ⁽⁹³⁾ adornadas con el triple fin de rellenar, evitar presiones, y ser-

vir de almacén de reserva para las épocas de carestía; y las otras ⁽⁸⁷⁾ que llevan á cabo la unión de tantos diferentes elementos del organismo, adaptándose á las exigencias de la estática y de la mecánica animal; y esta complicada red ⁽⁸⁸⁾ de innumerables ramificaciones y diámetros variables, por cuyo interior corre el torrente circulatorio desde el corazón, que es un templo, hasta las regiones más humildes y escondidas, y lava y purifica y elimina y fecunda; ved en ese torrente elementos inertes ⁽⁸⁹⁾ que retienen el oxígeno vital sin sujeción á leyes físicas ni químicas; y aquellos ⁽⁹⁰⁾ acérrimos defensores del organismo contra enemigos numerosos; y éstos ⁽⁹¹⁾ que se multiplican y agrupan con asombrosa rapidez, como ejército bien ordenado, para impedir la extravasación de la sangre; estudiad aquellos otros ⁽⁹²⁾ que contribuyen oportunamente, como impulsados por mano hábil y experta, á la cicatrización de las heridas y de las llagas; ved esas sustancias ⁽⁹³⁾ que engendran ocultamente ⁽⁹⁴⁾ el movimiento lento ó rápido, y cuyas contracciones ⁽⁹⁵⁾, bajo el influjo de otro sistema ⁽⁹⁶⁾, son como señales del mundo exterior; ved con qué exactitud aquellas otras ⁽⁹⁷⁾, destinadas á nutrir órganos importantísimos ⁽⁹⁸⁾ y con el objeto de no perturbarlos en sus funciones, penetran allí, dividiéndose previamente en ramos delicados ⁽⁹⁹⁾; contemplad, señores, esta red estupenda de hebras y resortes inefables ⁽¹⁰⁰⁾ que unidos por contigüidad ⁽¹⁰¹⁾ se distribuyen, como hilos telegráficos, por todos los territorios orgánicos, dictando órdenes y regulando todas las funciones; por donde secreta y silenciosamente palpita la vida, por donde se transmite la sensación grata ó ingrata, en donde están la cuna del placer y los antros donde se forja el dolor, en donde se reflejan el ritmo de los cielos, los encantos de la tierra y las armonías universales, y todo tiene ecos y resonancias; ese santuario donde elabora su plan curativo el médico, y el guerrero su plan de batalla, la combinación de colores el pintor, de los sonidos el músico, y el sabio la idea, el matemático sus fórmulas, y el filósofo la razón y la ley; de donde surgen la ciencia con sus fulgores y el arte con sus maravillas; por último, sin elevaros á la fuente donde nacen la sensación, la libertad, el amor y el pensamiento, los instintos generosos y las aspiraciones nobilísimas, las esperanzas y los clamores del alma que se pierden en el seno de la inmortalidad, no olvidéis que para

defender y conservar esta máquina admirable hay millones de seres ultramicroscópicos «fabricados con delicadeza y exactitud prodigiosas» ⁽¹⁰²⁾, á los cuales entregó Dios el secreto de la vida y de la muerte ⁽¹⁰³⁾, pues ellos «nos sostienen y destruyen demostrando nuestra pequeñez» ⁽¹⁰⁴⁾; y cuando os forméis idea aproximada del organismo del hombre, de este inmenso laboratorio, con la incontable multitud de substancias, tejidos, órganos y aparatos que concurren armónicamente á perpetuar la vida de los individuos, de las razas y la especie; cuando veáis la suavidad y delicadeza, la exquisita previsión, la economía y la esplendidez, la sabiduría y el arte soberanos con que funciona y trabaja; después de contemplar tantos fines sujetos á uno, tantas conveniencias complejas en una sumadas... entonces... descubrid la estatua viviente y presentadla á todos los sabios del mundo ⁽¹⁰⁵⁾ y decidles: ahora ¡negad, si os atrevéis, la existencia del escultor!; y si no podéis explicar su origen, ni su desarrollo, ni sus maravillas, porque son vanas todas vuestras hipótesis ⁽¹⁰⁶⁾; si no es dado al hombre comprender efecto sin causa, leyes sin legislador, tantos prodigios concertados sin inteligencia que los ordene y agrupe... entonces humillad la frente en el polvo y decid con Galeno: «en la obra del organismo humano y en la admirable composición de sus partes, veo cuán grandes é infinitos son el poder y la sabiduría de Dios y el testimonio más cierto de su inefable bondad, y un manantial de eternas acciones de gracias que debemos tributarle por tantos beneficios» ⁽¹⁰⁷⁾; ó repetid, como San Cosme y San Damián, los cánticos sublimes de Job y del Real Profeta: «Señor, tus ojos vieron el germen sin figura de donde yo hube de salir conforme á tu idea suprema» ⁽¹⁰⁸⁾; «Tú conoces esta fábrica y tienes contados todos los elementos de que la formaste de manera desconocida; todo lo que soy es obra de tu poder sin límites» ⁽¹⁰⁹⁾; «tus manos me hicieron, y modelaron mi contorno, *totum in circuitu*, total, integralmente» ⁽¹¹⁰⁾; por eso, «aunque todas tus obras son admirables, queda sorprendida mi alma al meditar en la organización de mi cuerpo» ⁽¹¹¹⁾; Señor, ¡cuán grande es el conocimiento que se adquiere de Tí, sólo por el estudio de este cuerpo mio!» *Mirabilis facta est scientia tua ex me* ⁽¹¹²⁾.

II

PERO el hombre no consta de solo cuerpo, sino de espíritu, bien notorio en las operaciones que realiza con la materia, como la sensación, y en sus operaciones específicas, como el pensar y el querer libremente, y en sus deseos y esperanzas que se pierden en regiones de todo punto inaccesibles á la materia misma, en los horizontes de la inmortalidad á los cuales ha de tender el vuelo cuando el cuerpo se desplome en la sepultura. Luego, como dice el Espíritu Santo (¹³), no será cabal el conocimiento del hombre «sin la ciencia del alma», de este huésped inmortal que vive y alienta dentro del organismo; y si es verdad que se han dividido los estudios de la una y del otro, porque son complicados y difíciles, verdad es también que la naturaleza los presenta unidos íntimamente, y ni la Antropología ni la Medicina serán ciencias perfectas, mientras aquélla no nos dé á conocer al hombre totalmente considerado y ésta no cure las heridas del alma y del cuerpo.

Hemos visto que la inteligencia humana tiene hambre infinita de verdad y que, según la doctrina católica, el objeto adecuado de esa potencia es el mismo Dios, contemplado, no en espejo ni en enigmas, sino cara á cara y tal como es. Ahora añadido que en el hombre hay otra potencia más hermosa que el entendimiento: la voluntad, que se mueve hacia el bien; que, según la misma doctrina católica, el término de ese movimiento, el objeto adecuado de la voluntad es la posesión, no de bienes particulares, abstractos ó concretos que no pueden llenar su capacidad inmensa, sino el Bien absoluto y soberano que los contiene y resume todos; el gozo sin dolor, la abundancia sin fastidio, la luz sin oscilaciones, la gloria sin trabajos ni amarguras, el placer sin mancha, el océano de felicidades sin temor ni peligro de perderlo jamás. Dios nos creó

para sí porque nos hizo á semejanza suya, y «nuestro pobre corazón, siempre revuelto y suspirando, estará inquieto hasta que descanse en Dios» (114): tal es la ley del amor y el ideal y el término de todas las aspiraciones de los seres racionales.

De aquí se deduce que si la inteligencia y la voluntad tienden á un mismo fin supremo, «las verdades físicas y metafísicas, como dijo uno de vosotros (115), lejos de hallarse en oposición con las verdades morales y religiosas están en perfecto acuerdo, como lo indica David que, después de confesar que su cuerpo y su alma son obra de Dios, añade: «¡Señor! dáme entendimiento para conocer tus mandatos» (116); es decir, enseñame la verdad moral y religiosa para realizar mis destinos inmortales. De aquí se deduce también que como el hombre no es un sér abstracto, ideal y vaporoso, su último fin es real, concreto y positivo, y, por consiguiente, todo lo que influya en la voluntad de un modo directo y práctico, perfeccionando la humana naturaleza y conduciéndola á su fin, es más hermoso, bello y útil que lo que ilustra al entendimiento, como la acción justa es más hermosa que la idea, como el santo vale más que el sabio; que es más necesario el estudio de las verdades morales y religiosas que el estudio de las verdades físicas, y más que el oxígeno de la atmósfera para los pulmones, el bien moral, que es el oxígeno del espíritu y la verdadera vida del alma.

Pues bien; la segunda parte de mi proposición es la siguiente: si el estudio de las maravillas del universo, de los secretos de la naturaleza, de la filosofía última de las cosas, de sus leyes y propiedades, y en particular del organismo del hombre, lleva al conocimiento de un *Principio inteligente* que es Dios, el estudio moral del hombre lleva al conocimiento de Jesucristo por cuyo amor sacrificaron su vida inmaculada San Cosme y San Damián.

Señores médicos: si no consideráis al hombre como la más desgraciada de las criaturas, como un astro que ha de girar perpetuamente fuera de su órbita, como una nave bogando siempre en lo infinito, sin arribar nunca al puerto de su salvación; si el hombre tiene un fin como todos los seres del universo, aunque en muchas ocasiones no pueda señalarle nuestra ignorancia, el hombre como sér racional debe conocerle, es decir, necesita un conjunto de verdades morales y religiosas

para llegar á ese término, que es la perfección y el reposo de su propia natura'eza. Ahora bien: ¿puede el hombre, por sus fuerzas solas, adquirir ese cúmulo de doctrinas, necesarias para su salvación eterna? Y si el hombre, por especial providencia de Dios, ha sido elevado á un fin sobrenatural, á la *visión beatífica*, que es un éxtasis de amor, ¿puede el hombre con sus energías naturales ascender á esas sublimes alturas? Respondiendo á la segunda cuestión, os diré con los teólogos que como la distancia entre Dios y el hombre es infinita, como es insondable el abismo, el hombre no la puede salvar; la revelación le es físicamente necesaria; es necesaria la fe, con *necesidad de medio* para conseguir el fin. Respecto de la cuestión primera, os diré que si el tradicionalismo filosófico que negaba á la razón del hombre el poder conocer á Dios con sólo las fuerzas naturales fué condenado por la Iglesia ⁽¹¹⁷⁾, sin embargo, la idea de Dios formada así, dista mucho de la idea soberana que de Dios nos da la fe; y ni esta idea ni el conjunto de verdades morales y religiosas que con ella se relacionan fueron adquiridas jamás con absoluta claridad sin mezcla de error por la débil razón de los hombres, frecuentemente envuelta en tinieblas, como su voluntad está lisiada por la culpa: en este caso, declaran los teólogos, la revelación fué moralmente necesaria, ó como dijo Platón, «sólo Dios podría revelar esas verdades» que el hombre no pudo moralmente adquirir.

Ante ese problema de los problemas, el problema moral de las almas, cabe preguntar con Isaías y el Apóstol de las gentes: «¿en dónde están tus sabios ⁽¹¹⁸⁾, oh pobre humanidad?»; «¿en dónde tus escritores é investigadores, oh género humano?» ⁽¹¹⁹⁾. Recorred con la mirada la historia de los antiguos misterios; buscad solícitamente la solución del problema en las obras de los ingenios más peregrinos y, excepto en el pueblo hebreo, no la encontraréis: la moral no se vé en parte alguna; el culto para con Dios es cruel; la caridad y la justicia no se conocen: reinan allí los crímenes de todas clases y la depravación más espantosa: respecto de la inmortalidad del alma, las doctrinas platónicas fueron patrimonio de muy pocos hombres; «Cicerón, duda; Séneca, permanece indeciso, y Plutarco lo considera como una hipótesis»; y en cuanto á las otras verdades morales, «Platón mata los sentimientos más delicados

de la esposa y de la madre y sacrifica á los esclavos y á los niños contrahechos; Aristóteles recomienda también el infanticidio, el odio y la esclavitud; Cicerón alaba la venganza, el suicidio y el perjurio; Séneca, la embriaguez» y dice de la mujer que es la peor de las bestias; y en todos no veréis más que locuras y desvaríos, el abismo de la concupiscencia, de la corrupción y la muerte. Fijáos ahora en los tiempos modernos, en la multitud de tribunas, de libros, escuelas y cátedras que tratan de resolver el problema de la vida moral: hay cátedras y escuelas de protestantes, de budhistas y mahometanos, de librepensadores y agnósticos, de masones y ateos, de griegos y judíos, de cismáticos, idólatras y gentiles que recorren el vasto mundo y pregonan la verdad (cual en tiempo de San Agustín) en las plazas públicas. ¿Qué moral nos enseñan los sistemas científicos actuales? ¡Ah! ⁽¹²⁰⁾, es la moral evolucionista de Spencer con sus ineficaces acumulaciones hereditarias, que no es otra cosa que la moral de Lucrecio y Epicuro; ó la criticista de Renouvier, que no difiere de la moral estoica; ó la estética de Ravaisson y Guyau, que es la misma de Platón; ó la pesimista de Schopenhauer y Hartmann, que es la del viejo budhismo; ó la moral de la esperanza de Fouillé, síntesis de la de Platón y de Epicuro; ó la moral independiente, que es la inconcebible moral sin Dios; ó la brutal, espantosamente brutal de Carlos Vogt ⁽¹²¹⁾, de Letourneau ⁽¹²²⁾, de Heckel ⁽¹²³⁾, de Topinard ⁽¹²⁴⁾ y de Folkmar ⁽¹²⁵⁾, que nos rebajan al nivel de los leopardos y de los tigres, arrebatándonos todo consuelo en esta vida y toda esperanza en la otra ⁽¹²⁶⁾.

¿*Ubi sapiens, ubi scriba, ubi conquisitor?* ¿Dónde está la fuente de la vida? ¿Dónde el Maestro que ilumine y guíe nuestros pasos vacilantes en medio de las sombras de la tierra, por los caminos de la verdad y del bien que conducen á la eterna Patria? Señores médicos: yo voy á pronunciar un nombre sobre todo nombre ⁽¹²⁷⁾ ante el cual «doblan la rodilla los cielos, la tierra y los abismos» ⁽¹²⁸⁾; «el único que puede salvarnos» ⁽¹²⁹⁾; es «la columna más grandiosa de la humanidad» ⁽¹³⁰⁾; es el gran médico, dice San Agustín ⁽¹³¹⁾, que vino á curar las heridas del género humano, calmando el hambre infinita de la inteligencia y el corazón: es la verdadera medicina de Dios: el único Maestro ⁽¹³²⁾, «el camino, la verdad y la vida» ⁽¹³³⁾. *Ecce Homo*, os diré con Pilatos: *ecce Agnus Dei qui*

tollit peccata mundi, os diré con San Juan Bautista: ved al Cordero de Dios que quita los pecados del mundo: ved ahí al Hombre, Hombre y Dios verdadero, principio y fin de todas las cosas; piedra angular de toda la creación y por cuya virtud crece todo el edificio espiritual de las almas y es templo del Señor en el Espíritu Santo (¹³¹); *ecce Christus*: ved ahí á Cristo Jesús, de ayer, de hoy y de todos los siglos: *heri, hodie et ipse in sæcula* (¹³²). ¡Oh! Nadie puede expresar las aladas esperanzas que en Él tenían todas las gentes; aquellos gemidos con que la tierra toda clamaba por ese rocío fecundador de los cielos, alma y vida del mundo; aquella suave inclinación de las «colinas eternas» para dejar descender á este valle de lágrimas al «Verbo de Dios, resplandor de la gloria del Padre y figura de su substancia». Sin embargo, la alta y moderna critica jamás podrá racionalmente negar que Dios, que ve con mirada infinita todas las operaciones y los secretos contingentes y futuros de la libertad humana, irradió en el alma de los profetas, haciéndoles hablar del Dios-Hombre (á través del remoto porvenir de las edades), con tanta copia de detalles, con rasgos tan exactos y concretos, con tal poder de visión como si le tuvieran presente. Llega la plenitud de los tiempos, y el Verbo divino aparece con los harapos de nuestra carne en esta tierra inhospitalaria que no le quiso recibir: «en el Panteón de Roma tenían asiento treinta mil demonios: Jesús no halla posada en la ciudad de Belén: *non erat locus in diversorio*». ¡Ah! Como Dios que no cabe en los espacios, como Salvador que venia á redimir á todos los hombres, «debía nacer en un lugar abierto para todos, sin fronteras ni murallas; y si el Cielo, al decir de Santa Catalina de Sena, es una ciudad sin puertas, Jesús no las debía tener» (¹³³).

Ecce Homo; ecce Christus. Jamás se vió en el mundo espectáculo semejante. ¿Quién puede describir aquella marcha triunfal de la bondad y del amor, al recorrer las calles y las plazas, las arenas y los montes de la Palestina; el encanto irresistible de aquel joven Nazareno, lleno de «gracia, de verdad, de luz y de ciencia» (¹³⁴), pues todos «los tesoros de la sabiduría de Dios están escondidos en Él» (¹³⁵); y la serenidad de su frente, la belleza de su carácter, las armonías de su palabra, su mirada luminosa y penetrante de Profeta, aquellos «ojos llenos de misterios», aquel poder de taumaturgo invencible, y su vir-

tud incomparable y su voluntad libérrima para morir; aquel corazón pródigo de cariños, de confidencias, de secretos y revelaciones; su grandeza de Rey perseguido, su augusta majestad de sacerdote eterno, su rostro de Dios vencido, vencido por el amor? Es la gran limosna que Dios nos envió «por las manos inmaculadas de María»: es el viviente milagro de los milagros, porque en la historia de todos los pueblos, jamás oyeron los siglos, ni volverán á oír, vibraciones como las vibraciones de los pensamientos castísimos de Jesús que no resbalaron nunca, de modo que los impíos más grandes no pudieron hallar en Él ni la más leve sombra de pecado venial, porque era y es la Santidad infinita: es el verdadero Redentor del mundo y consuelo de los desdichados, porque lo mismo calma las tempestades del mar que las tempestades de la conciencia; porque sus manos sólo se abren para levantar y bendecir; porque sus pies van en busca de los pecadores, de los hijos pródigos, de las Samaritanas y Magdalenas; porque da el movimiento á los paralíticos, la vista á los ciegos, oído á los sordos, el habla á los mudos y la vida á los muertos; y después, la tierra que no le quiso recibir, le lanza á lo alto de un infame patíbulo, y allí cubierto de bofetadas, ultrajes é irrisiones, desgarradas sus vestiduras y sus miembros desgarrados, cárdenos los labios y moribundas las pupilas; desde aquellas sublimes alturas, donde la justicia de Dios le esperaba hacia cuatro mil años; desde aquel lecho reducido de la Cruz donde «duerme la siesta el Esposo del Cantar de los Cantares» ⁽¹³⁹⁾, vierte su sangre, hasta la última gota, por sus verdugos, y les abre con su virtud, con sus palabras y doctrinas, las puertas del eterno Paraíso. *Consummatum est.* ¿Cuáles son esas doctrinas y esas palabras?

¡Oh! Ahí están flotando en la atmósfera moral que rodea á la Cruz y hoy «bañan como el mar á todos los continentes» ⁽¹⁴⁰⁾: no lo neguéis; porque negaríais toda la historia de la civilización y del progreso, ahogando en las almas toda aspiración á ser venturosas y felices. Las palabras del Autor del Sermón del Monte, del Dios del Evangelio, del Mártir del Gólgota son la revelación íntegra de las verdades que necesitaba el hombre para conocer y llegar á su fin supremo y último, y que pedía Platón con ansias vehementes. Dulces y suaves «como las armonías de la naturaleza y el perfume de los campos» ⁽¹⁴¹⁾,

y llenas de sencillez y de vida, son el *sursum corda* de todos los espíritus y el faro que corrige todas las aberraciones, porque inundan con torrentes de luz la creación universal: ante ellas todo cambia; más poderosas que la palanca deseada por Arquímedes para remover en sus cimientos el mundo físico, ellas transforman el mundo moral de las almas, abriendo á la inteligencia nuevas tierras é islas inexploradas é inaccesibles á todas las filosofías; horizontes nuevos para la verdad y nuevos cielos para el amor; por ellas sabe el hombre quién es el verdadero Dios y cuál es su divina naturaleza y cuáles las divinas personas, y conoce cuál es el verdadero culto que le debe dar como á Criador, como á Providencia, como á Redentor y como á Padre; por ellas sabe el hombre que Dios mismo es el fin del hombre y que para llegar á ese fin sobrenatural el hombre necesita de la Fe, creyendo todas las verdades que enseñó Jesucristo, oráculo infalible de la eterna Verdad, contenidas en el símbolo apostólico y en los artículos del dogma, en las Santas Escrituras y en el depósito de la Iglesia militante que fundó, inmortal como Él, á través del tiempo y del espacio, mientras ruedan en el polvo de los siglos cetros y coronas rotas, vidas efímeras é instituciones caducas: que el alma, para alcanzar ese fin, necesita de un don sobre todos los dones, revelado en Samaria; de una fuerza sobrenatural que rompa las cadenas de los corazones esclavos; luz que alumbra, fuego que abrasa, agua que limpia, amor que subyuga y suavidad que enamora; del cántico nuevo que el Verbo lanzó en la tierra para atraer hacia sí todas las cosas, de la gracia de Dios que dan los sacramentos insituídos por Jesucristo, y sin la cual la ciencia es una sombra, la sabiduría locura, la gloria un fantasma, el placer una pena, y las inteligencias más elevadas son imbéciles, y los corazones más tiernos guaridas de apetitos nefandos: por la palabra de Jesús aprendió la humanidad que este mundo es un valle de lágrimas, donde el trabajo santifica y el dolor redime; que más allá de la tumba se hallan dos regiones, una de perpetuas felicidades y otra de dolores perpetuos; que para librarse de la una y llegar á la otra, donde está el descanso y perfección de la naturaleza humana, hay que perseguir el pecado con odio infinito hasta en el pensamiento más oculto; que no hay más que una lucha eterna, la del mal con el bien: por fin, señores médicos, la palabra de

Jesús hace germinar en el mundo las virtudes, esas flores hasta entonces nunca vistas con tan espléndida hermosura; la castidad y la pureza, los deberes del hombre para el hombre, el perdón de las injurias, la obediencia á las legítimas potestades; y ofrece al pecador la misericordia y enseña al rico la caridad y la mansedumbre, y al pobre la resignación y la esperanza; y eleva la dignidad de la mujer, y santifica el hogar, el arte y la ciencia y los lazos de la familia, de las naciones y los imperios; y establece el reinado de la verdad, la justicia y el derecho, y la igualdad del esclavo y el señor, del romano y del griego, el eslavo y el escita, el bárbaro y el gentil, formando de todas las razas la gran familia humana, que desciende de Dios y debe volver á Dios purificada con la sangre redentora y los méritos de la Cruz.

Venid, sabios del mundo, que con esfuerzos increíbles é investigaciones maravillosas trabajáis por descubrir algunas verdades que mañana quizá serán desvarios; vosotros, los que no creéis en el milagro, venid y explicad ese conjunto de milagros; venid y aprended la virtud de esa eterna moral de las almas que ha llevado el humano pensamiento al templo de la santidad y la sabiduría; que ha triunfado del poder brutal de todos los Herodes y de la impostura de todos los Pilatos; que ha elevado la Cruz desde el lugar infame de los suplicios, dice San Agustín, á la frente de los Emperadores, á la cumbre de los alcázares y á la cima del Capitolio; que ha inspirado toda obra buena, todo sacrificio, toda abnegación, todo acto heroico, y ha hecho que brillen perpetuamente, como estrellas benéficas en el cielo de la Historia, la fe, la caridad y la esperanza, mientras el mundo sea mundo y los siglos no cesen de correr: venid y aprended cómo se alcanza lo que vosotros no alcanzasteis, el amor sincero y sublime de millones de espíritus que reflejan la imagen de Jesús, «revestidos de su forma, envueltos en su claridad, testimonio de su triunfo, perla y flor de su conquista»; ejércitos de almas que salen del Jordán del infortunio para seguir á su Pastor por la ancha vía que Él las trazara y por los horizontes dilatados que Él las abriera. Porque, señores médicos, ved aquí un milagro inaudito de las doctrinas y la moral de Jesús: leed las vidas de los grandes hombres, y observaréis que ninguno, ni remotamente, ha sido tan amado como Él: Jesús es en realidad el

amado único, el amado por excelencia (¹⁴²); porque Jesús abraza y se llevó tras sí todos los castos amores de la tierra y de los cielos; porque á los pies de Jesús han ido á parar los más hermosos cetros y coronas, reales é imperiales, del arte, de la belleza, del poder, del genio y de la gloria; porque al corazón de Jesús, abierto y palpitante, fueron á reposar, como perseguidos por la iniquidad del mundo, los ósculos más puros, las miradas más castas, los pensamientos más limpios, los deliquios más tiernos, los impetus más arrebatados, los deseos más legítimos, las aspiraciones más nobles y los amores más sublimes y los quejidos más tristes y las notas más afflictivas y los lamentos más angustiosos de toda la humanidad. Y ved aquí otro milagro de los milagros de la moral y las doctrinas de Jesús: vosotros sabéis que en el fondo íntimo de la humana naturaleza hay un deseo insaciable de vivir y una incurable fiebre de gozar, y por tanto un odio infinito á la muerte y al dolor: pues bien; Jesús ha hecho la muerte mensajera de la paz y de la dicha, trocando sus sepulcros en arcas de la alianza, y sus vestidos fúnebres en vestidos de Pascua, y sus despojos en trofeos, y sus cánticos dolorosos en himnos de triunfo, y sus nupcias sombrías en principio de los desposorios inmortales del Paraíso; y respecto del dolor, no sólo ha resuelto el problema, haciendo que cada girón de la carne herida deje ver, como la bandera de Juana de Arco en la catedral de Reims «un foco de luz y de gloria», sino que además le ha consagrado un culto: ¡el culto al dolor! Señores; cuando se ve que la bandera del dolor se ha llevado tras sí á las almas más hermosas del mundo, á veinte millones de testigos de los que á Pascal gustaban, testigos que se dejan degollar, niños inocentes, vírgenes púdicas y ancianos venerables que sonríen dulcemente ante el potro y la hoguera, la cuchilla y la espada; cuando se ve que todavía en los tiempos actuales se reúnen en torno del Santo Madero millares de espíritus bravos, veteranos del dolor, cruzados voluntarios de Cristo, que le siguen, le aman y le adoran con ansias inextinguibles, y desean dar por Él, como San Cosme y San Damián, su honra y dinero, su sangre y su vida... ¡ah! la falsa ciencia humana podrá repetir las palabras pedantescas «fanatismo, histerismo, neurosis»; pero, en verdad, no hay más que una frase que explique ese misterio: «*¡la locura de la Cruz!*»; la locura de la

Cruz, que ha transformado radicalmente la naturaleza del hombre, y ha removido la tierra en sus cimientos, sus códigos, sus leyes y su historia; la misma que dió vigor á los Apóstoles y autoridad augusta á los Pontífices, y luz á los Doctores, y castidad perfumada á las vírgenes de los claustros solitarios y á los anacoretas de los yermos desnudos; que irradió en el fondo de las catacumbas y coronó la frente de los mártires con más resplandores que los que tuvo Moisés al bajar del monte Horeb; la misma que trocó el Sinaí en Tabor y el caldoso en trono y el desierto en pensil y el circo romano en cielo y las cuchillas en palmas de victoria y las lágrimas en perlas y el lamento en oración y el dolor en plegaria y á los esclavos en libres y á las Magdalenas en santas y á la mujer prostituída en todas las latitudes la ciñó la corona radiante de las madres cristianas, siendo para todos, dice San Pablo, «sabiduría divina, luz, progreso, santidad y redención» (¹⁴³).

III

TALES son las consecuencias legítimas que se deducen de la vida de San Cosme y San Damián: por el estudio de las maravillas del universo, y principalmente del organismo humano, «fructificaron y crecieron en la ciencia de Dios»⁽¹⁴⁴⁾ y de las cosas; y por el estudio moral del hombre «conocieron la sublime caridad de la ciencia de Cristo»⁽¹⁴⁵⁾, «Verbo y resplandor de la gloria del Padre que brilló en sus corazones»⁽¹⁴⁶⁾ adornándolos «con el escudo de la justicia y del criterio infalible»⁽¹⁴⁷⁾ de la verdad; de la verdad acerca de Dios y del mundo, del origen y fin del hombre, de los límites de la ciencia y de la necesidad de la fe y de la perfecta armonía de ambas, porque la segunda es el complemento de la primera y su más espléndida corona.

¡Sabios de la tierra!... inquirid, investigad, forzad la naturaleza sensible para que os revele sus secretos más íntimos y ocultos; desatad todas las dificultades, despejad todas las incógnitas y resolved todos los problemas. ¿Todos?... No lo intentéis: el gran problema del universo trasciende los límites de la razón del hombre: ante él como ante las gradas de todo misterio, el hombre debe caer ¡de rodillas!; y como nada hay en lo creado que no sea inteligible y entendido... ese problema está resuelto. ¿Por quién?... Por la misma Inteligencia soberana que lo formuló; por Dios: adorad á Dios, como San Cosme y San Damián, y llenaos de júbilo porque estáis llamados á verle cara á cara: sólo entonces tendréis en vuestra mano el hilo de oro que guarda los secretos de la creación universal. ¡Filósofos ilustres y médicos insignes!; desmontad esta gran máquina del compuesto humano; contad todas sus piezas y decidnos cómo funciona cada una; reveladnos todas las verdades físicas y morales, la fuente de los instintos y los place-

res, de las pasiones y las virtudes; escudriñad todos los secretos del hombre encerrados en su cuerpo y en su espíritu, en su corazón é inteligencia. ¿Todos?... No lo intentéis: ante el problema moral de las almas como ante el misterio de la vida y de la muerte, esta gran viuda de Nain que se llama la humanidad, este gran enfermo que se llama el género humano, debe humillar su frente en el polvo, repitiendo las palabras del ciego de Jericó: «Jesús, hijo de David, ten misericordia de mí» ⁽¹⁴⁸⁾, porque sólo Jesús es «la resurrección y la vida» ⁽¹⁴⁹⁾: ¡adorad á Jesucristo como San Cosme y San Damián!

Señores: la fe es la madre de la ciencia: *credidi, propter quod loquutus sum* ⁽¹⁵⁰⁾. Cree San Zacarías, y ve lo que no veía antes, y siente desatarse su lengua y entona el himno sublime del *Benedictus Dominus Deus Israel* que hace diez y nueve siglos se repite en nuestras Iglesias entre los perfumes del incienso y las armonías del órgano, para cantar los triunfos de todas las grandes conversiones, las victorias de la Fe: *lumen ad revelationem gentium*. La fe natural no es, como se dice, obra sólo del sentimiento, es más bien fruto de la razón, como lo atestigua la experiencia cotidiana: la vida del hombre es un complicado tejido de actos de fe, que pudiéramos llamar fe histórica, psicológica, geográfica, doméstica, social y, ¿por qué no decirlo?, fe científica; pues así como el niño empieza á conocer y á hablar porque cree en la palabra materna, el discípulo sabe lo que sabe empezando por creer en la palabra del maestro; borrad esas creencias en todos los órdenes de la vida y veréis á qué se reducen la familia, la sociedad y la historia de los conocimientos humanos; veréis cómo se abre el caos á vuestras plantas. Los que reniegan de la fe divina no saben tampoco lo que es la fe humana; los que se llaman espíritus «independientes y libres» son los más tiranizados por mayor número de creencias absurdas; no doblan la rodilla ante Dios, pero adoran en el ídolo de Baal, en los becerros de oro, en los figurines de la moda, que existen en la ciencia como en todas partes.

Y si la fe es indispensable en el orden terreno, ¿cuánto más lo será en el orden celeste, donde recibe el nombre de don sobrenatural y divino, de todo punto necesario para salvar el abismo insondable que hay entre el hombre y Dios, entre la pobre naturaleza humana que tiene los pies en la

tierra y su fin supremo y último colocado en la excelsitud de los cielos? Ya visteis las pruebas; porque la fe religiosa, aunque es un don divino, es un acto racional, *rationabile obsequium vestrum* ⁽¹⁵¹⁾, y tienen más que las que puedan darse en cualquier laboratorio experimental para demostrar una verdad científica ⁽¹⁵²⁾. Por eso decía un célebre matemático ⁽¹⁵³⁾: «no nos atemorizan vuestros descubrimientos, porque estamos seguros de que han de ser manifestaciones de la gloria de Dios». Dios ha hecho descender la luz de lo alto para custodiar y robustecer la fe con tales ⁽¹⁵⁴⁾ y tan notorios argumentos, si no se cierran los ojos á la luz de la verdad, que el príncipe de los Apóstoles lanzaba este reto valeroso: «nosotros estamos dispuestos á dar cuenta y razón de nuestras creencias» ⁽¹⁵⁵⁾; porque, como declara el Concilio Vaticano, «la razón del hombre demuestra y pone en salvo los fundamentos de nuestra fe ⁽¹⁵⁶⁾; y como declara León XIII: «los motivos de nuestra fe son tan poderosos y se hallan tan en armonía con la razón humana, que bastan á convencer los entendimientos más exigentes y á doblegar las más rebeldes voluntades» ⁽¹⁵⁷⁾.

¡Ah! La fe — dicen nuestros enemigos — tiene misterios. ¿Y qué? ¿no tiene la ciencia los suyos acerca de muchas cosas? ⁽¹⁵⁸⁾. Pero los misterios católicos, como dijo Donoso Cortés, son la luz de la creación; la fe «toca las pupilas» y ensancha los horizontes de la ciencia humana; y así como la noche despejada, tranquila y serena nos deja ver constelaciones de estrellas innumerables, así la fe nos descubre la majestad é inmensidad de los cielos, el orden sobrenatural y divino y una multitud de ideas que el hombre física, ó moralmente, no pudo adquirir ⁽¹⁵⁹⁾; es la nube de fuego que brilla en la obscuridad de nuestras vías terrestres; es el potente objetivo que acerca á nuestros ojos incontables maravillas del mundo; es el faro que corrige todas las aberraciones; es la gran medicina de Dios, que cura las heridas del cuerpo y del alma, porque nos enseña cuál es el término de nuestra vida y cuál es el camino que conduce allí, la ley del amor; porque «si el amor supone la fe, la fe es la obra del amor», que con sus ósculos purísimos hace germinar en el mismo fango, en los antros del alma pecadora, los gérmenes de las virtudes. Es cierto que á veces, mientras peregrinamos en el valle del destierro, la voluntad, lisiada por la ignorancia ó por la culpa,

suele interponer entre la ciencia y las verdades reveladas nubes tempestuosas que determinan aparentes eclipses de éstas.

No temáis; dejad al tiempo y á la crítica que depuren el hecho: se disiparán las nubes y veréis sin eclipse total ni parcial la corona radiante del sol de la fe y de la gracia, que es complemento de la naturaleza, y después la del sol de la Gloria, que es el complemento de la gracia: *videbimus Eum sicuti est* ⁽¹⁶⁰⁾.

Yo no puedo explicarme que haya hombres sin Religión y sin Dios ó que quieran divorciar la Ciencia y la Fe, y estimo como aberraciones de la naturaleza á los médicos incrédulos, de los cuales dijo el Conde de Maistre: «prefiero el asesino público al médico impío, pues contra aquél tenemos la defensa libre y á menudo la horca; y contra éste no tenemos armas con que podernos defender» ⁽¹⁶¹⁾. Cuando se reflexiona en lo que puede hacer el médico sectario, monstruo del humano linaje, se comprende que Dios le envíe como el más terrible castigo que puede dar á un malvado. Oid la frase tremenda de la Sagrada Escritura: «aquel que pecare delante del Dios que le creó, *incidit in manus medici* ⁽¹⁶²⁾, caerá en manos del médico».

¡Médico infeliz!: ante los desengaños del mundo, los odios y rencores de las gentes, llegará para él «ese estado incoloro en que duermen todas las energías del alma», y no tendrá valor para sufrirlos; porque no lo dudéis, señores: el hombre no ha nacido para luchar por sí solo y brazo á brazo con las tempestades de la conciencia y del océano del mundo; ha nacido para luchar con ellas «desde la tierra firme de la Iglesia Católica», de la Religión y de la Fe.

El médico debe ser religioso, si ha de cumplir con los sagrados y formidables deberes de su misión augusta: el Espíritu divino declara que «la ciencia del médico llenará de gloria la cabeza de éste» ⁽¹⁶³⁾; pero dice antes que el «temor santo del Señor es la religiosidad de la ciencia» ⁽¹⁶⁴⁾. Así lo entendieron los genios más sublimes de la humanidad, que al delectarse algunas palabras del lenguaje misterioso de los fenómenos de la Naturaleza, adoraron la *santa mano* que las escribió. Un volumen no bastaría para resumir todos los himnos que entonaron á la Divinidad esos varones célebres: ya oísteis las frases

reverentes de Galeno. Pues antes que él había dicho Hipócrates: «el buen médico debe invocar ante todo los divinos auxilios para curar á sus enfermos con la ayuda de Dios, con la fe y con el espíritu de dulzura» (165): recordad, señores, el juramento solemne que hacían los antiguos médicos, considerando al infractor como «deshonrado ante los hombres» (166), y veréis qué idea dominaba entonces respecto de la Medicina y la Religión: y el famoso poema de la famosa escuela de Salerno que empieza así: *Testatur sapiens quod Deus omnipotens fundavit Physicam*; el médico sabe muy bien que Dios creó la Medicina en beneficio del hombre (167); y otros innumerables testimonios de médicos modernos que se podrían citar si tuviesen cabida en los reducidos límites de un discurso: «son tales los lazos que existen entre Dios, la Religión y la Medicina, que sin Religión y sin Dios no puede haber médico alguno, perfecto y cabal» (168): «el médico sabio no se considera como dueño absoluto de la vida y la salud de los hombres; no pretende trazar caprichosamente la marcha de las enfermedades, ni se estima como Dios de la Naturaleza, sino que lo encomienda todo al Sér Soberano, cuyas luces invoca y reclama con fervor» (169): «ante todas las cosas, el médico debe ser cristiano» (170).

Señores: á la luz de la fe, ¡cuán grande, cuán excelsa aparece vuestra profesión! Ya lo dijo uno de vosotros: «después del servicio del altar, la más sublime profesión del hombre es ser sacerdote del fuego sagrado de la vida: ser médico: bella y santa misión; llénala dignamente para gloria de Dios y bien de tus hermanos» (171). Si yo me propusiera describir las cualidades semejantes del médico y del sacerdote, personificadas en esas dos almas gemelas del Arabia, San Cosme y San Damián, os diría que el sacerdote y el médico se parecen no sólo porque la Medicina es un Sacerdocio y el Sacerdocio una Medicina; no sólo por la grandísima responsabilidad que cabe á los dos; no sólo en cuanto al sigilo sacramental y medical, que hacen de ellos *ojos que no ven, oídos que no oyen*, corazones que son inexcusable santuario á donde se van á esconder las secretas miserias del cuerpo y del alma, *ægrorum arcana visa, audita, intellecta eliminat nemo* (172); no sólo porque en la cura de ciertas enfermedades hay cuestiones que únicamente el médico y el sacerdote, la Teología y la Medicina, de acuerdo común, pueden resolver (173), sino porque ambos son

los «hombres por excelencia», la base de las sociedades, pues el uno lucha contra los enemigos del cuerpo y el otro contra los del espíritu; el uno posee la ciencia del organismo, el otro la ciencia de Dios; aquél ayuda á la naturaleza con los medicamentos creados por Dios en la tierra, el otro con la gracia divina que baja de los cielos ⁽¹⁷⁴⁾; son lo que los antiguos llamaron «amigos familiares» *amici familiares*, ó como declaró el E. S. «los amigos fieles, medicina de la inmortalidad y de la vida» ⁽¹⁷⁵⁾, y cuyos beneficios no deben olvidarse nunca. Desde que el uno recoge el primer suspiro del hombre que nace á la vida terrena y el otro la primera plegaria de la vida celestial, ¿quién puede referir el cúmulo de bálsamos y consuelos que el médico y el sacerdote van derramando en la jornada de la existencia hasta el lecho mortuario, donde ambos escuchan el último lamento del hombre que muere? El sacerdote y el médico verdaderamente católico cruzan, como Jesús, el camino de la vida, haciendo bien; *pertranseunt benefaciendo* ⁽¹⁷⁶⁾, y pueden repetir lo que el Apóstol San Pablo: «¿quién está enfermo y yo no enferme con él?» ⁽¹⁷⁷⁾; porque como saben que todos los hombres son iguales ante Dios, como Él, no son *aceptadores de personas* ⁽¹⁷⁸⁾; «protectores genuinos de todos los desventurados» ⁽¹⁷⁹⁾ (y es desventurado todo hombre que viaja por la tierra); asisten lo mismo á pequeños que á poderosos, á sabios que á ignorantes, á pobres que á ricos, sin distinción de pueblos y opiniones, de partidos y banderías; son los heraldos de la civilización y del progreso legítimo, porque llevan á todas partes, el uno la luz del Evangelio eterno, código inmortal de todas las razas, y el otro los fulgores de la ciencia, cada vez más difíciles de conseguir por la asombrosa rapidez con que se multiplican y difunden. Y para que os forméis idea aproximada de la misión del sacerdote y del médico católico, contad los exquisitos cuidados, la solicitud y vigilancia, y también los desvíos, desengaños y amarguras consiguientes al ejercicio de su profesión; porque en muchas ocasiones no sólo no reciben paga alguna ⁽¹⁸⁰⁾, ni se premian sus trabajos, ni se recompensan sus fatigas, ni se reconocen sus aciertos, sino que se ven obligados á oír los insultos de las gentes; pues refiriéndome sólo ahora al médico digno, acontece con frecuencia que, si el enfermo sana, la salud se atribuye á las secretas energías de la Naturaleza; y si mue-

re, la responsabilidad es del médico, «torpe é ignorante», y vienen sobre éste odios y desprecios inauditos, hórridos productos de la ingratitud, que sólo se desvanecen ante la fortaleza viril y los resplandores inextinguibles de la conciencia católica, que sabe muy bien que desde la áspera cumbre del calvario de la vida, se ve la aurora de la resurrección inmortal. Asperos son los caminos que el sacerdote y el médico tienen que recorrer: desobediencias á sus órdenes y mandatos; conflictos sin tregua, inquietudes y vigiliias, pues es inútil que busquen durante la noche el deseado reposo, porque en cada hora y en cada minuto vuelan ó corren á través del barro y del hielo, bajo la lluvia y la nieve, á escuchar los lamentos de un cuerpo que se siente morir y los latidos de un corazón que va dejando de palpar. Vedlos como ángeles consoladores sacrificar muchas veces por sus hermanos su porvenir y su honra, su fortuna, su hacienda y su vida, víctimas de experiencias crueles ⁽¹⁸¹⁾, ó de su abnegación y heroísmo; en las épocas de guerra, y desafiando las balas homicidas, vedlos recoger los últimos suspiros de los que caen al estruendo del cañón, entre el humo y el polvo del combate; y en los días de peste asoladora, cuando los parientes y amigos y aun los padres y las madres huyen con espanto y terror de aquellos asilos de las humanas miserias, de aquellos estercoleros de la humanidad, verdaderos museos patológicos, ved al sacerdote y al médico cómo, bajo la mirada de la Providencia, prodigan sus bálsamos y cuidados exquisitos, y enjugan lágrimas, y cicatrizan heridas, y difunden, en aquellos antros de la muerte, en el fango de la desesperación y de la culpa, un rayo de luz que puede hacer germinar, al soplo del divino Sembrador, las semillas del arrepentimiento y la esperanza.

¡Oh señores! Si yo viese reunidos aquí á todos los sacerdotes y médicos del mundo, les diría: sois apóstoles de la humanidad y su apoyo más indispensable; aquella voz que vibró con infinitas dulzuras en las regiones de la Galilea tiene aún resonancias victoriosas para repetir: *euntes in universum mundum, docete et sanate*; id á enseñar y á curar á todas las gentes; mirad deiante de vosotros ese diluvio en que navegan las razas humanas, esas legiones de tullidos y leprosos, de tristes y débiles, de enfermos y agonizantes; ese vasto mar lleno de escollos y tempestades, de vicios y miserias morales

y físicas, de pasiones sin freno y apetitos desbocados, de ingratiitudes y calumnias; ¡cuántos hombres que van á naufragar, os dicen lo que los discípulos á Jesús: *salva nos, perimus* (¹⁸²); «salvadnos, porque perecemos»! Formad un ejército glorioso para socorrerlos; todavía se ve la cabeza de algunos por encima de las ondas alborotadas; si con ánimo valiente queréis que os deban la salud, conquistad como Noé (¹⁸³), la divina gracia, que es la única tabla salvadora en todas las luchas, del mar y de la conciencia, en la vida y en la muerte, en el tiempo y en los umbrales de la eternidad.

Sí, señores médicos; para que llevéis á cabo empresa tan grande, que no es sólo científica, sino moral, os hacen tanta falta como los conocimientos técnicos (¹⁸⁴), tres virtudes que ornán el alma de vuestros santos Patronos; la caridad, la fe y la oración: es necesaria hoy al médico la caridad católica que cure heridas de tantos corazones sin consuelo, que dé calor á tantas voluntades sin esperanza, que guíe, como estrella esplendorosa, á tantas inteligencias sin verdad y sin luz. En medio de esas razas enfermas que tenéis que curar, oiréis crujir las cadenas del dolor del alma, más terribles aún que las del cuerpo; los gritos desgarradores de la desesperación y del odio, de «los que viven en la opulencia y de los que mueren sin pan»; veréis levantarse brazos de hermanos contra hermanos que tienen, para defenderse, los unos el cadalso el verdugo; los otros el puñal ó la fuerza igualadora de la dinamita y el incendio. ¡Ah! Enfrente de ese cielo sombrío y desnudo, bajo el cual dice el poeta «Dios no puede derramar los tesoros de sus bondades, porque no hay ninguna mano que se alargue hacia Él» (¹⁸⁵), como vuestros santos Patronos, enarbolad la bandera de la caridad católica, que nació, como casta virgen, del Corazón sacratísimo de Jesús, y viajera incansable recorre, vestida de incógnito, los límites de la tierra, difundiendo, como el sol, su luz sobre pecadores y justos; que lleva, no cápsulas de opio ni frascos de alcohol amílico, como las factorías protestantes; no grandes acorazados para matar ó esclavizar á las razas; sino las palabras del amor y del consuelo al iroqués y al caráibo, al cafre y al hotentote, al malayo y al negrito, al australiano y al papúa, rompiendo los grilletes de sus corazones esclavos, derrocando los idolos de sus pagodas y templos, levantando las almenas

y las torres de la santa ciudad de la civilización y del progreso verdadero, buscando, no las piedras preciosas, el diamante ni el oro, sino la salvación de las almas redimidas con la sangre de Jesús: sólo ella es el gran Samaritano (¹⁸⁶) que recoge en el camino de la vida á todos los infelices desamparados por los levitas, judíos y fariseos.

Y os hace falta la fe que os enseña la estricta obligación de indicar directa ó indirectamente á los enfermos el peligro de muerte en que se hallan: aunque, á decir verdad, en muchas ocasiones no es vuestra la culpa, sino de la familia del enfermo, muy cuidadosa de que no se consume la bancarrota de la hacienda, y muy negligente en llamar al sacerdote, dejando que se consume la bancarrota de la vida. Os hace falta la fe para que seais libres entre tantos muertos, *liberí inter mortuos*, muertos á la felicidad y á la dicha, á la vida de la verdad, de la gracia y de la gloria: sí; para luchar contra ese ejército de egoístas epicúreos, de falsos apóstoles, y de las tiranías de la moda, de la miseria, la ingratitude y la ignorancia, os hace falta la fe, el poder de la Cruz que triunfa de todas las tiranías, que dulcifica todas las amarguras, y es el único viático para subir al Carmelo del Paraíso.

Y es indispensable la oración, que es la más poderosa de las fuerzas y debéis utilizarla: si ella derriba los muros de Jericó; si detiene al Sol en su curso por boca de Josué; si abre paso por entre las olas del Mar Rojo por medio de Moisés; si traslada las montañas por medio de San Gregorio Taumaturgo; si ha quebrantado las espadas y extinguido las hogueras por medio de los mártires, la oración, señores, ha vencido al error en el alma de Saulo, por boca de San Esteban, y en el alma de Agustín por medio de Santa Mónica; y como Jesús, ha dado movimiento á los paralíticos, y el habla á los mudos, la vista á los ciegos, el oído á los sordos y la vida á los muertos por mediación de los Santos que adoramos en los altares (¹⁸⁷), como á San Cosme y San Damián. Es necesaria la oración, porque, como dice el Divino Espíritu, *neque herba neque malagma sanat sed tuus, Domine, sermo qui sanat omnia* (¹⁸⁸); porque de Dios procede toda medicina del cuerpo y del alma (¹⁸⁹); porque «nada es el que planta, ni el que riega, sino Dios, que da el crecimiento» (¹⁹⁰), «la muerte y la vida, *mortificat et vivificat*» (¹⁹¹); porque al pie del Crucifijo se aprende

bastante más que en los libros y laboratorios; porque nunca es más grande el hombre que cuando humilla su frente en el polvo, confesando la majestad y el poderío de Dios.

Señores médicos: vivid en esta atmósfera de las ideas católicas, tan necesaria para los espíritus como el oxígeno que cruza por las arterias para la vida del cuerpo; y así como se renuevan las moléculas del organismo, renovadla también por medio de los Sacramentos, obra de Jesús; porque la concupiscencia de la carne y de la sangre levanta vapores inmundos y la gangrena puede llegar; pero no la alteréis con las noticias de la falsa ciencia, infatuada y procaz, que no cree en nada bueno porque cree en todo lo malo, y atrofia y mata todas las energías sobrenaturales. Debéis estar convencidos de que en vuestra misión augusta para el siglo xx, si queréis ser obreros del progreso legítimo, es necesario tener en cuenta las enfermedades del alma, origen muchas veces de las enfermedades del cuerpo, y que esas enfermedades no se curan con las conquistas sobre la materia, sino con la sana moral del Evangelio, que abate la fuerza bruta á los pies del derecho y la justicia, como Satanás está abatido á las plantas de San Miguel: por haber olvidado las doctrinas de Jesucristo, el siglo xix, siglo gigante, abroquelado con hierro y con acero, la electricidad, la luz y el vapor, concluye, como véis, con actos de salvajismo y de barbarie que han de maldecir todas las futuras generaciones (¹⁹).

Sí: el siglo xix ha olvidado la moral del Evangelio, Código inmortal de todas las razas y fundamento de todo progreso racional y legítimo. Señores: hace poco, asistí á esa espléndida fiesta del trabajo humano, á esa gran manifestación de la actividad de todos los hombres, que se llama la «Exposición Universal», que aplaudo y admiro como el más entusiasta. Pero subí á la torre Eiffel y contemplé una multitud de «niños viejos del mundo civilizado» que no miraban al cielo: leí la lista de los ciento veintitrés Congresos que se han celebrado ó han de celebrarse (¹⁹), y sospecho que la moral humana no ha de salir muy bien de los cuestionarios escritos: crucé por el palacio de la Higiene y vi todos los adelantos y progresos hábiles para conservar la vida del cuerpo, pero nada de la *higiene* del espíritu; recorrí el gran palacio de la «Enseñanza y la educación» y noté la tendencia exclusiva á hablar á niños

nconscientes de los «derechos del ciudadano» y de la educación física del nervio y del músculo; como si esos niños, cuando sean hombres, hubieran de acudir al dinamómetro ó á la báscula para sostener las luchas de la conciencia; y noté más: noté el deseo criminal de sustituir (como si fuesen incompatibles), de sustituir en las escuelas, como dice un gran convertido francés ⁽¹⁹⁴⁾, «el Catecismo por el cuadro de las pesas y medidas, y la Cruz por el kilo y por el metro»; recorrí todos los palacios restantes y vi todas las maravillas de la ciencia y el arte modernos, llamando mi atención de un modo particular esos formidables *aparatos* ⁽¹⁹⁵⁾ que han inventado los hombres para matarse mutuamente: no vi escrito el nombre de Dios en parte alguna ⁽¹⁹⁶⁾. Al retirarme de allí, dirigí mis pasos casi á las afueras de la ciudad, y visité otro palacio relativamente modesto por su forma, pero admirable por su significación é importancia: era el *Instituto Pasteur*! Casi á la entrada, lo primero que vieron mis ojos fué la tumba de aquel gran creyente, de aquel bienhechor de la humanidad; y entre las hermosísimas coronas que la humanidad agradecida le consagró, señores, leí el epitafio sepulcral, que recomiendo á vuestra consideración y á vuestra vida: «*¡Dios, ideal de la ciencia, del trabajo y del arte, de la Religión y la Patria y de las virtudes del Evangelio!*» ¡Oh, señores! ¡Qué grande será Paris cuando (despejado su suelo de los falsos apóstoles que lo inundan, como los sofistas inundaron las calles y plazas de Atenas) todas aquellas muchedumbres, á los sonidos potentes de la *Saboyarda* que pende en las alturas del Montmartre, doblen la rodilla ante Jesucristo, que es la encarnación de todos los ideales consignados en la tumba de Pasteur! ¡Qué espectáculo más sublime ofrecerá el mundo cuando, por la virtud de esos ideales realizados, vayan de acuerdo el corazón y la cabeza, el capital y el trabajo, la lámpara del santuario y la lámpara de las ciencias; cuando todas las razas fuertes y vigorosas del siglo que va á empezar y que ninguno de vosotros verá concluir, vayan á prosternarse, como San Cosme y San Damián, ante la gran *Medicina de Dios*, ante el Hijo de Dios y de María Inmaculada, Principio y Fin del Universo, y le canten, en el templo más augusto y espacioso de la tierra, el *Te Deum* más arrebatador y solemne que jamás oyeron los siglos.—AMÉN.

NOTAS

- 1 I. Regum II-3.
- 2 Eccl.^o XLII-19.
- 3 Prov.^s II-6.
- 4 Hebr. I-3.
- 5 Joann VIII-12.
- 6 Eccl.^o. XXXVIII-2.
- 7 Eccl.^o. XXXVIII-4.
- 8 Eccl.^o. XXXVIII-11.
- 9 Eccl.^o. XXXVIII-1.
- 10 Prov. XIX-27.
- 11 Prov. XX-15.
- 12 Hebr. XII-2.
- 13 Oseas II-20.
- 14 Psalm. IV 7.
- 15 Marc. XI-22.
- 16 Act. Apost. III-16; Marc. X-52; Santiago V-15 y Ephes. II-8.
- 17 Hebr. XI-6.
- 18 Conf.

19 Es interminable el catálogo que se puede formar con los nombres de sabios católicos. La Medicina, aunque lo ignora el vulgo, cuenta muchos Santos. Á la lista que G. Duval publicó en 1643, pueden añadirse bastantes nombres. Médicos fueron los siguientes: San Lucas, San Cosme y San Damián, San Ursicino, San Alejandro y el Beato Antonio de Amándula (de la Orden de San Agustín); y según varios cronistas, médicos fueron también San Zenobio, San Juan y San Ciro en Alejandria, San Pantaleón, San Diómedes, San Codrato y sus compañeros mártires, que fueron todos los médicos de Corinto; San Antioco, San Rasifo y San Ravenno, San Avestes, San Liberato y San Emiliano, San Otriculano, San Cesáreo, San Papilio, San Dionisio diácono, San Juvenal obispo, San Leoncio y San Carpóforo; San Gennadio, San Eusebio,

San Orestes, etc., etc. Respecto de los católicos, hay muchos más de los que cree el vulgo: los hubo y los hay en la «Asociación Científica de Bruselas», que puede competir en autoridad y prestigio con cualquiera Asociación; muchos médicos firmaron en 1864 aquella protesta famosa contra los que querían divorciar la Ciencia y la Fe: hoy existen sociedades científicas médico-farmacéuticas en casi todas las capitales importantes de las naciones del mundo; sólo en España se cuentan las de Bilbao, Madrid, Barcelona, Granada, Cartagena, Valencia, etc., etc.; y por último, con los nombres de médicos católicos del siglo XIX, puede escribirse un libro de muchas páginas.

20 Ps. XVIII-2.

21 Sap. XI-21.

22 Sap. VIII-1.

23 Entre otras innumerables, véanse *Les Merveilles du corps humaine* por E. Couvreur, Paris-1892, y *Les Merveilles du ciel* por G. Dallet, Paris-1888.

24 1.^a ad Corint. VIII-1.

25 Pueden repetirse las frases que á propósito de los que hablaban de las Santas Escrituras escribió San Jerónimo en su epístola á San Paulino.

26 Sap. XIII-1.

27 *Historia naturalis et experimentalis ad condendam philosophiam sive phenomena universalia.*

28 Cauchy.

29 2.^a ad Corint. VI-6.

30 Epist. 2.^a ad Timot. III-8.

31 Isaias LIX-9.

32 Isaias V-21.

33 Isaias XXIX-14, y S. Pab., 1.^a ad Corint. I-19.

34 Isaias XLIV-25.

35 Isaias LIX-3.

36 Donoso Cortés.

37 S. Marcos. IV-39.

38 Ezeq. XXXVII.

39 San Lucas XVIII-42.

40 Federico II de Prusia.

41 No exageramos; las frases apuntadas hallanse en las obras modernas de antropología criminal y en las de Renán, Vogt, Huxley, Topinard y Hœckel y en algún discurso de Berthelot. Las citas serian muy largas y engorrosas.

42 Job V-13 y S. Pablo 1.^a ad Corint. III-19.

43 Job XXXVIII-15.

44 Prov. XV-2.

45 Lo mismo puede decirse de Newmann, Manning, Donoso Cortés, Paul Bourget, Coppée y Brunetière, etc., etc. Pablo Bert, que trabajó tanto contra la religión, acaba de morir recibiendo los auxilios de la Iglesia católica. Recomendamos á los lectores la obra de Coppée, titulada *La bonne souffrance*, Paris-1898.

46 Malaq. II-7.

47 Hebr. I-3.

48 Sapient. XIII-V.

49 Sapient. XIII-1.

50 Bacón de Verulamio.

51 Mr. Gay.

52 S. Pablo. 1.^a ad Tim. VI-16.

53 Job XXXVI-26.

54 Sap. XIII-V.

55 De lib arbit. III, cap. 13.

56 Ps. XVIII-2.

57 Rousseau.

58 Thiers, *Histoire du Consulat et de l'empire*. Tomo III, página 209.

59 Lo estamos intentando en el estudio *Las causas finales en la Ciencia*, que publica *La Ciudad de Dios*.

60 Cheyne.

61 Van Beneden, *Anatomie comparée*. Bruselas, tomo I, pág. 22 y siguientes.

62 Las células.

63 En los elementos constitutivos del protoplasma, de la membrana y el núcleo, en sus funciones peculiares, en las fases de la kariokinesis, etc., etc.

64 Sapient. I-7.

65 Linneo en Botánica, Ellis en el estudio de los pólipos, Latreille, Reamur, Milne-Edwards, etc., etc., en el estudio de los insectos.

66 El gran Cruveilhaer, en su *Tratado de Anatomía descriptiva*, traducido por una Sociedad de médicos-cirujanos, Madrid-1851, tomo 1.^o, Introducción.

67 Galeno. *De Usu part.*, lib. III. Compárense sus palabras con las que escribió Linneo en su *Systema Naturæ*, después de haber estudiado las maravillas del reino vegetal: *Eum (Deum) expergefactus á tergo, vidi et obstupui. Legi aliquot ejus vestigia per creata rerum in quibus omnibus, etiam in minimis, ut fere nullis, quæ vis, quanta sapientia, quam inextricabilis perfectio.*

68 Galeno, ib. ib. De estos hermosos libros de Galeno dijo Letamendi que son «verdadero monumento de la Anatomía fisiológica antigua y única lumbrera que guió á los médicos prácticos

hasta la *formalización* de la Fisiología experimental en la edad moderna: obra, además, donde resplandecen juntas y en toda su intensidad la erudición, la observación, la experiencia y el espíritu crítico y el fecundo genio de Galeno». (Véanse las páginas que, escritas por el Dr. Letamendi, publica el Dr. Forns en la *Revista Ibero-Americana de Ciencias Médicas*, núm. 6.º, Junio, 1900, página 305).

En la Biblioteca de El Escorial existen varias y excelentes colecciones de las obras de Galeno. La que tenemos á la vista es de 1586, Venecia, en cinco tomos en folio. Los diez y siete libros *De usu partium corporis humani* están traducidos por Nicolás de Regio de Calabria y corregidos por Agustín Gadaldino. No son exagerados los elogios que de esos libros hace Letamendi; en ellos aparece su autor como médico insigne y filósofo profundo que se eleva de los efectos á las causas, á las alturas de la Teodicea *multo major atque præstantior tota Medicina* (Lib. XVII); en los libros III y XV dice que los que no ven en el organismo del hombre la obra de un *Entendimiento*, *carecen de él y no comprenden ni su propia imbecilidad ni la sabiduría de Dios: neque suam imbecillitatem neque opificis sapientiam: intellectu carent*. En los libros III, VI y XI condena por *tontos* á los partidarios del *acaso*: *Mens enim est quæ omnia hæc (corporis) designat, disponit ac ornat, non corpusculorum vis concursu quodam fortuito inter se cohærentium*. Habla en casi todos los libros del «poder, de la virtud, de la hermosura, de la providencia y de la sabiduría de Dios, que conoce muy bien (lib. XII), la ingratitude de los hombres». El mismo lenguaje usa en otra obra: en la *De Fætuum formatione*.

69 Galeno, ib. ib. lib. XVII.

70 La selección, la adaptación, la lucha por la existencia, etc., etcétera. Lo hemos demostrado en la primera serie de los *Estudios Biológicos*, en el de *La Herencia* y en el de *Las causas finales*.

71 Darwin: aunque de ella hablaron ya Lamarck y el botánico Naudin.

72 Newton en sus *Principios*, y Euler en sus *Cartas á una Princesa alemana*, sobre todo en la XLI. Véanse además el *Tratado de la existencia de Dios*, por Fenelón, y el *Conocimiento de Dios y de si mismo*, por Bossuet, cap. IV, donde el gran orador amplía el argumento de Galeno. La explicación que del origen del órgano de la vista dió Darwin, es científicamente inadmisibile. Cajal (*El sistema nervioso del hombre y los vertebrados*, pág. 8, Madrid-1897), propone á esa explicación nuevas dificultades.

73 Tenemos á la vista buen número de obras modernas, como las voluminosas de Luis Roule, Prenant, Beaunis, Gegenbaur, Landois, Cajal, etc. Las últimas que han llegado á nuestras manos son

Traité d'Embryologie, Histoire du développement de l'homme et des vertébrés, por Oscar Hertwig, trad. de Julin. Paris-1900, y el *Precis d'Histologie*, de Duval. Paris-1900.

74 La *ovogenesis* y *espermato genesis*, la maduración de los productos sexuales y la fecundación del óvulo.

75 La segmentación, gastrulación, el origen del blastodermo y sus derivados, etc., etc.

76 Los osteoblastos.

77 Los osteoclastos.

78 Los epiteliales, los tejidos de substancia conjuntiva, los musculares, la sangre, la linfa, los vasos sanguíneos y linfáticos y los elementos nerviosos.

79 Hemsterhuys.

80 Según la hipótesis de cierto embriólogo.

81 Las células ciliadas, según Hansen y Waldeyer. Sólo el órgano de Corti es prueba evidentísima de un *principio inteligente*.

82 Del nervio óptico.

83 Leyes formuladas por nuestro maestro y amigo Santiago R. y Cajal, *Revista Micrográfica*. Tomo II, pág. 25 y siguientes.

84 El epitelio cutáneo. Otro tanto podremos decir del pavimentoso, cilíndrico, corneal, de células con chapa, de pestañas vibrátiles. Advuértase que no tratamos de describir ni anatómica ni fisiológicamente los órganos y funciones; pero cada uno de ellos es una prueba de sabiduría.

85 Los huesos.

86 Las substancias grasas que forman el tejido adiposo.

87 Los tejidos de substancia conjuntiva, tendones, aponeurosis, etc., etc.

88 El tejido vascular ó los vasos sanguíneos y linfáticos, arterias, venas y capilares.

89 Los hematies ó glóbulos rojos. La química no puede explicar el *por qué* de la absorción del oxígeno por esos glóbulos, ni lo que llaman los fisiólogos «tenacidad en la composición» de los mismos: pueden verse los efectos de una mano providencial en ese y en otros fenómenos vitales. De ellos hemos hablado en los *Estudios biológicos*, pág. 73.

90 Los leucocitos ó glóbulos blancos.

91 Los hematoblastos de Hayem ó plaquetas sanguíneas de Bizzozzeri.

92 Las fibras *sinápticas* de Ranvier.

93 Las fibras musculares estriadas y lisas.

94 No se sabe cómo se produce el calor, ni cómo la fibra transforma el calor en movimiento.

95 Reflejos.

- 96 Del sistema nervioso.
- 97 Las arterias.
- 98 Las fibras nerviosas.
- 99 Véase el *Tratado de Anatomia humana*, de L. Testut, traducción de Corominas y Riera, 1899.
- 100 Los nervios y células nerviosas.
- 101 Á las ideas de Gerlach sustituyen hoy las bien probadas de Cajal y Golgi.
- 102 Las bacterias y microbios y los fagocitos de todas clases. (Véanse los *Elementos de microbiología*, por el Dr. Luis de Lara y del Río), Madrid-1897.
- 103 Es un hecho que, sin las bacterias de la putrefacción, no existiría en el mundo la vida orgánica.
- 104 Lara y del Río, ob. cit., pág. 12.
- 105 Fisicos, quimicos, fisiólogos, embriólogos, anatómicos, etcétera, etc.
- 106 Las teorías mecanicistas han perdido el crédito en los últimos años. Véase *La Ciudad de Dios*, vol. LI, pág. 167, 5 de Febrero de 1900.
- 107 Galeno. *De usu part.*, lib. III. El Dr. Lara y del Río, en la obra citada ya, dice (pág. 12 y 241) que «sólo Dios pudo construir los seres ultramicroscópicos, que son una gran prueba de la grandeza y de la sabiduría de aquel Sér admirable que todo lo puede y de la luz de la divina Providencia».
- 108 Psal. CXXXVIII v. 16.
- 109 Psal. CXXXVIII-15.
- 110 Psal. CXXXVIII v. 1 y Job X-8.
- 111 Psal. CXXXVIII-14.
- 112 Psal. CXXXVIII-6. Tal es la significación que el Padre Scio da (en notas) á esos pasajes de la Sagrada Escritura.
- 113 Prov. XIX 2.
- 114 San Agustín, Conf.
- 115 Cruveilhaer, ob. cit. introd.
- 116 *Manus tuæ fecerunt me; da mihi intellectum ut discam mandata tua.* Ps. CXVIII-73.
- 117 En el Concilio Vaticano.
- 118 Isaías, XIX-12.
- 119 S. Pablo, 1.^a ad Corint. I-20.
- 120 *Estudios biológicos*, pág. 164.
- 121 *Lettres physiologiques*, Paris-1875.
- 122 *La Biologie* Paris-1882.
- 123 *Le Monisme*. Paris-1897, y en otros lugares de sus obras.
- 124 *Science et Foi. L'Anthropologie et la Science sociale*. Paris-1900.

125 *Leçons d'Anthropologie philosophique, ses applications à la morale positive.* Paris 1900. En estas dos últimas obras, como en varias de Antropología criminalista, es horrendo lo que se dice respecto de la moral, de la justicia, de la familia y del matrimonio, etc., etc.

126 Después de escribir estas páginas hemos leído un hermoso estudio, aunque incompleto, del P. L. Roure, en donde se demuestra que las modernas teorías de la moral son la negación de la moral misma. Véanse los *Etudes*, 5 y 20 de Julio de 1900. Habló también del mismo asunto *La Civiltà Cattolica*, 21 de Julio de 1900.

127 S. Pablo ad Philip. II-9.

128 Ib. v. 10.

129 Act. Apost. IV-12.

130 Renán. *Vida de Jesús*.

131 *Quantum in medico est, sanare venit ægrotum.* Tract. XII in Joann.

132 S. Mateo XXIII-8.

133 S. Juan XIV-6.

134 Ephes. II-20 y 21.

135 Hebr. XIII-8.

136 Mgr. Gay.

137 Isaias. XI-2.

138 Coloss. II-3.

139 Cant. Cant. I-6.

140 Lacordaire.

141 Renán.

142 Mgr. Gay.

143 1.^a ad Corint. I-30. *Sapientia, justitia, sanctificatio et redemptio.*

144 Coloss. I-10.

145 Ephes. III-19.

146 2.^a ad Corint. IV-6.

147 Sap. V-16 y 19.

148 S. Lucas XVIII-3.

149 S. Juan XI-25.

150 Ps. CXV-10, y 2.^a ad Corint. IV-13.

151 Rom. XII-1.

152 Hay libros hoy donde se demuestra que la Religión Católica, aparte su carácter divino, es una verdadera ciencia en el propio sentido de la palabra.

153 El Barón de Cauchy.

154 Las profecías, los milagros, la asombrosa propagación de la Iglesia, los mártires de toda clase, época y edad, la inmaculada pureza de las doctrinas y otras varias pruebas que pueden hallarse

en cualquier libro apologético. Á propósito de milagros, léase la conferencia dada hace poco sobre los de Lourdes, por el Dr. Boisserie en el Congreso Católico de Roubain, publicada por la *Deutsche Medicinale Zeitung* (núm. 27 de 1900), y traducida en la *Semana Católica* de Madrid, por el Dr. Rafael del Valle. Hace tiempo que un opulento católico ofreció 100 000 francos á los médicos más célebres que demostrasen que *una sola* de las curaciones bien probadas en Lourdes no era milagrosa. El premio ha quedado desierto. Lourdes es hoy la más clara revelación de lo sobrenatural: los que niegan el milagro no han ido á Lourdes, y si han estado allí y no se han convertido ante aquellos prodigios realizados continuamente, es porque *la fe es un don de Dios* que no se concede á los ciegos voluntarios que *no quieren* ver la luz. Zola vió los milagros, y en su *libro famoso* convierte los hechos en fábulas ó da de ellas explicaciones científicamente absurdas.

155 S. Pedro. Epíst. 1.^a III-15. *Parati semper ad satisfactionem omni poscenti vos rationem de ea, quæ in vobis est, spe.*

156 *Quum recta ratio fidei fundamenta demonstrat, etc.*

157 *Tanta evidentia et vi conmonstrat quanta flectendis mentibus, vel maxime invitis et repugnantibus abunde sufficiat* (Enciclica *Eterni Patris*). El célebre Morgagni (y con él otros muchos) dijo: «mis conocimientos en Anatomía y Medicina han colocado mi fe al abrigo de toda tentación.»

158 «La ignorancia de la ciencia» será objeto de un estudio nuestro. Al fin del siglo XIX no es inútil *hacer el balance* de lo que se sabe y lo que se ignora. Y se ignoran muchísimas cosas en todos los ramos del saber. Citaremos algunas referentes á la Biología y á la Medicina: «no conocemos *nada* de los fenómenos que tienen lugar en el embrión del hombre durante las tres primeras semanas, y aun podemos añadir que serán por mucho tiempo desconocidos.» (Véase Oscar Herwig, *Traite d'Embriologie*, Paris-1900, página 2); nadie *explica* las partes diferenciales del protoplasma, ni sus acciones químicas, ni el *por qué* de la kariokinesis, ni la significación del centrosoma y la expulsión de los glóbulos polares, ni cómo fijan el oxígeno los hematies, ni cómo se realiza la asimilación; ni las funciones de los hematoblastos, ni las defensoras ó protectoras del hígado, del bazo, del timo, del tiroides y de las cápsulas supra-renales; ni las correspondientes á la glándula pituitaria, ni la íntima arquitectura de todos los elementos del sistema nervioso; ni la significación de los husos cromáticos, de la neuroglia, de las bandas y estrias de Fromman, de los discos de soldadura, de los corpúsculos de Golgi, etc., etc.; casi nada se sabe de la herencia normal, nosológica y patológica, y del hipnotismo, de la telepatía, de las enfermedades todas del sistema nervioso,

de la esencia de la diátesis y de las enfermedades diatésicas, de la contracción muscular, de la inmunidad en todas sus formas, del gran problema terapéutico, la seroterapia y la opoterapia, etcétera, etc. Ni la paleontología nos da á conocer el origen de las especies, ni la ontogenia el de los individuos: la filogenia y esa ciencia nueva que se llama *fisiogenia*, no vienen á resolver problema alguno. ¿Qué decir de la sensación, de la libertad y el pensamiento y del misterio de la vida y de la muerte? Es solemnemente ridículo invocar las teorías mecanicistas para explicar esos fenómenos; porque, como dice el gran fisiólogo Bunge, «el estudio profundo de los vitales rechaza todas las explicaciones mecánicas, físicas ó químicas». Como dijo Balmes en sus *Cartas á un escéptico* (carta XXV), «en el conocimiento del mundo» la claridad es la excepción, el misterio es la regla: todo cuanto nos rodea, todo cuanto existe, todo cuanto vemos y todo cuanto somos es un conjunto de asombrosos misterios.

159 Queda demostrado en la segunda parte de este discurso.

160 1.^a Joann. III-2.

161 Veladas, tomo 1.^o

162 Eccles. XXXVIII-15.

163 Eccles. XXXVIII-3.

164 Eccles. I-17.

165 «*Primum a divinis numinibus auspicetur*». (De fem. natur.) «*Qui enim bonus medicus est, is per fidem magis quam duritia medetur*». (De precept.): «*Medicus enim vir sapiens philosophusve, Deo pax et similis*». (De prob. et honest.) Si estos libros no son de Hipócrates, como creen algunos, se hallan en la colección hipocrática, y de cualquier manera demuestran el sentir de los médicos griegos en las épocas pre-alejandrina y alejandrina. En otras obras auténticas habla á su modo de la Divinidad y de la Providencia. (Véanse los libros «De los aires, tierras y lugares», «Pronóstico», «De la antigua Medicina», traducidas hermosamente por nuestro amigo D. Donaciano Martínez en la *Revista Ibero-Americana*, del Dr. Rubio).

166 Era éste: «Yo juro por Apolo, Esculapio, Higias y Panacea. por todos los dioses y diosas, tomándolos por testigos, que cumpliré según mis fuerzas y capacidad con el voto y las obligaciones siguientes: enseñar la Medicina, cuidar á los enfermos sin injusticia ni ignorancia y vivir en la inocencia y la pureza guardando el secreto medical».

167 Así lo traducen los eruditos de mayor autoridad.

168 Bröesiche: *Tanta est inter Deum, Religionem et Medicinam connexio, ut sine Deo et Religione nullus exactus medicus esse queat*.

- Autos.
8.000
- 169 Monfalcon.
 - 170 * Los célebres Hoffman y Boerhaave.
 - 171 Hufeland. *Manual de Medicina práctica*.
 - 172 Así lo formuló el Parlamento de París de 1761.
 - 173 Véase *Medicina pastoral*, por el Dr. D. C. Capellmann, traducida del alemán por D. Bartolomé Cintas, Barcelona 1900.
 - 174 Acerca de las analogías del Sacerdote y el Médico, véase la obra de C. Debréne, que trata del asunto y está impresa en Barcelona.
 - 175 Eccl. VI-16.
 - 176 Act. Apost. X-38.
 - 177 2.^a ad Corint. XI-29.
 - 178 Act. Apost. X-34.
 - 179 Cruveilhaer.
 - 180 No nos referimos á los pobres, de los cuales dijo el cristiano y celeberrimo Boerhaave que «eran sus mejores enfermos, porque la paga de ellos se la daría Dios».
 - 181 V. g. Desgenettes en Egipto, Bertrand y Deidier en Marsella, etc., etc.
 - 182 S. Mat. VIII-25.
 - 183 *Invenit gratiam coram Domino*. Génesis, VI-8.
 - 184 Tanto como el uso del cloroformo, del instrumental perfecto, de los procedimientos antisépticos, de las inyecciones hipodérmicas y de los cultivos inmunizadores.
 - 185 Balart.
 - 186 S. Lucas, X-33.
 - 187 *Oratio fidei salvabit infirmum*. Santiago, V-15.
 - 188 Sap. XVI-12.
 - 189 Eccl. XXXVIII-2.
 - 190 1.^a ad Corint. III-7.
 - 191 1.^o Regum. II-6.
 - 192 Los españoles, los boers y otros pueden servir de prueba.
 - 193 Según la *Revue Scientifique*, 16 de Junio de 1900.
 - 194 F. Coppée en la obra citada al principio.
 - 195 Los cañones.
 - 196 Nos referimos sólo á la parte del progreso moderno.
-

